

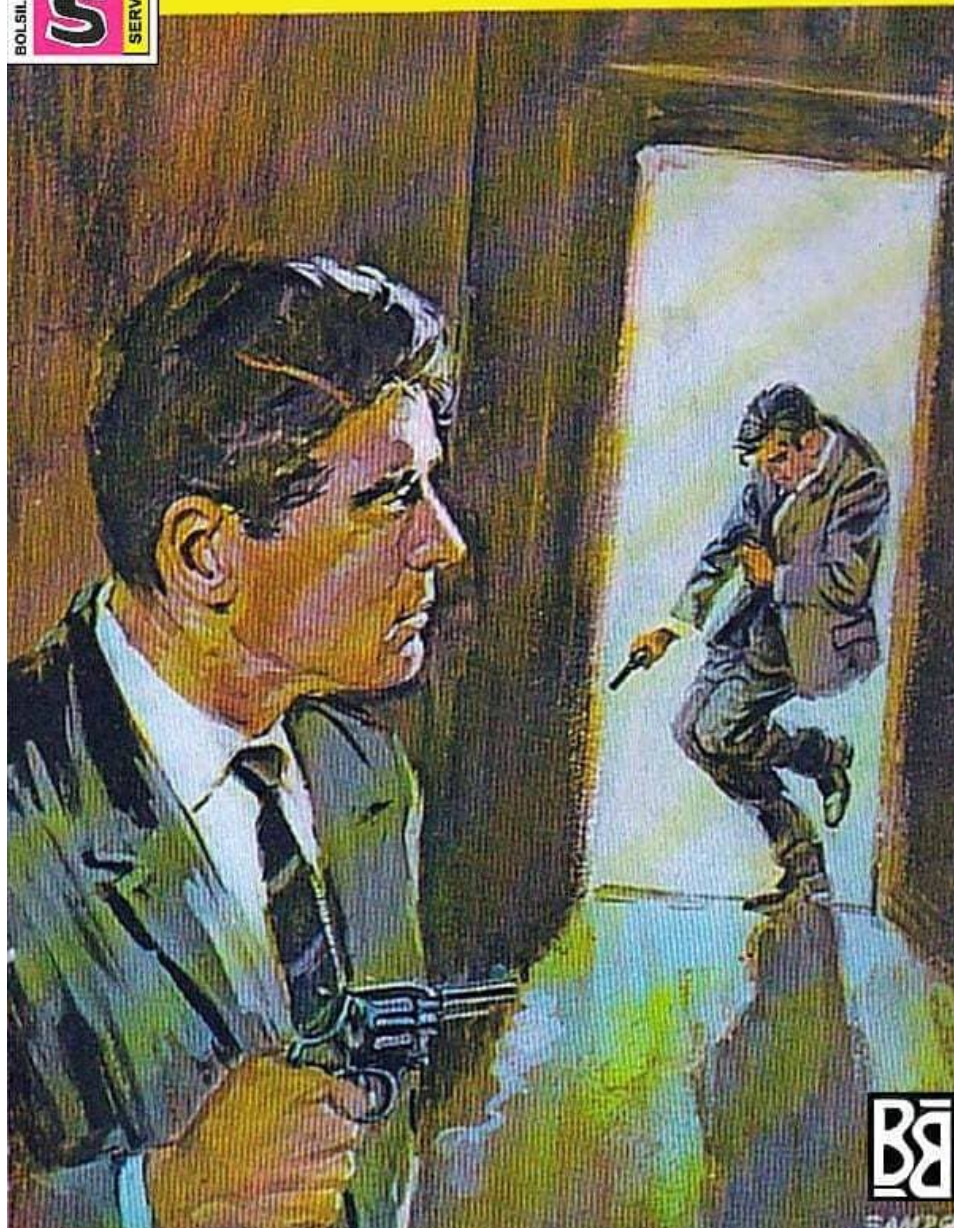
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

AL BORDE DE LA TUMBA

Burton Hare



B
B

Casi dos meses.

Habían transcurrido casi dos meses y todavía no me había acostumbrado a la extraña sensación de la libertad.

Sin ningún esfuerzo, podía recordar cada hora, cada minuto, cada segundo de aquel día; las despedidas, los comentarios, las miradas de los hombres que habían compartido mi encierro durante años, cargadas de nostálgica envidia, algunas con el brillo húmedo de las lágrimas apenas contenidas.

Luego, las recomendaciones del alcaide, las sonrisas de los guardianes al estrecharme la mano, como un homenaje a mi buen comportamiento...

Y el sol.

El sol que cayó sobre mí tan pronto crucé la puerta del penal.



Burton Hare

Al borde de la tumba

Bolsilibros - Servicio Secreto - 755

ePub r1.0

Lds 08.11.17

Título original: *Al borde de la tumba*

Burton Hare, 1965

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Burton Hare

Al borde de la tumba

SERVICIO SECRETO n.º 755

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ**

CAPÍTULO PRIMERO

Casi dos meses.

Habían transcurrido casi dos meses y todavía no me había acostumbrado a la extraña sensación de la libertad.

Sin ningún esfuerzo, podía recordar cada hora, cada minuto, cada segundo de aquel día; las despedidas, los comentarios, las miradas de los hombres que habían compartido mi encierro durante años, cargadas de nostálgica envidia, algunas con el brillo húmedo de las lágrimas apenas contenidas.

Luego, las recomendaciones del alcaide, las sonrisas de los guardianes al estrecharme la mano, como un homenaje a mi buen comportamiento...

Y el sol.

El sol que cayó sobre mí tan pronto crucé la puerta del penal.

No es que durante mi encierro no me hubiera acariciado con su calor; el patio era enorme y había sitio suficiente para tostarse durante la hora de paseo.

Pero aquél era distinto. Era el sol de la libertad que acudió a felicitarme en cuanto pisé de nuevo el mundo como un ser libre y limpio.

Nunca olvidaría aquella sensación de calor íntimo, intenso, como si el astro rey hubiera querido estar allí para darme a entender que no me encontraba solo, tan terriblemente solo...

La otra sensación que jamás se borraría de mí era la que experimenté al encender el primer cigarrillo fuera de los recios muros de la prisión. Aspiré el humo intensamente, llenándome los pulmones, reteniéndolo largo tiempo en mi interior y luego, despacio, viéndolo desmenuzarse en el tibio aire de la tarde, saboreé su sabor igual que un *gourmet*, su plato rico y exótico. Creo

que ya, mientras viva, ese recuerdo acudirá a mi mente todas las veces que encienda un cigarrillo.

Después, el viaje, la corta estancia en la ciudad para arreglar definitivamente el asunto de Johnny, pasar unas horas junto a él sumergido en un goce inmenso y sufriendo al mismo tiempo todas las torturas del infierno al pensar en la nueva separación...

Querido y pequeño Johnny, con sus enormes ojos tan negros y escrutadores, un poco sorprendidos de encontrarse de repente con un padre del que no podía guardar un claro recuerdo...

Y tuve que dejarle. Él estaba bien atendido en la institución infantil. Ahora podría escribirle sin temor que mis cartas revelaran su procedencia, captar en él el paso de los años y la evolución del niño hasta convertirse en un hombre instruido, capaz de abrirse paso en un mundo podrido sin tropezar estúpidamente en un escollo sentimental, como su padre.

Como me había sucedido a mí.

Eso era lo único que me había empujado a seguir adelante. El pequeño Johnny y su porvenir, el cheque que todos los meses debía remitir a la dirección del internado para que él siguiera adelante y no tuviera que maldecir de su padre el día que pudiera razonar por su propia cuenta.

Bien; ya lo había conseguido.

Ya era un ciudadano respetable; sin un céntimo de momento, pero con un pequeño negocio abierto, dispuesto a vegetar como las personas decentes y a pagar mis impuestos religiosamente.

Y, naturalmente, a mandar mi cheque mensual.

Todo ello lejos de mi ciudad, de las gentes que me conocían, de las estúpidas gentes que volvían la cabeza para mirarme si me cruzaba con ellas y me señalaban con el dedo...

Los Ángeles.

Ése había sido mi refugio. Una ciudad inmensa, desconocida y en la cual yo era un perfecto ignorado también para ella. Nadie volvería la cabeza ni me señalaría con el dedo, ni oiría sus cuchicheos cargados de malicia o de compasión, ni los falsos amigos se detendrían a mi paso para palmearme la espalda, como felicitándome porque una vez había matado a un hombre.

Claro que en Los Ángeles estaba Bernie Palmer, pero éste era un caso aparte. Si puedo considerar a alguien como amigo en toda la

acepción de la palabra, éste es Bernie. Recuerdo su abrazo cuando me vio, después de mis cinco años de encierro, sus bromas al enterarse de mis proyectos...

—¿Tú convertido en un tendero? —había exclamado, atónito.

Y había reído con su rotunda risa de niño que ha crecido demasiado deprisa.

Bien; ya era un tendero. Mirando a mi alrededor podía ver las estanterías cargadas de botellas de todas clases... Las recién pintadas paredes de mi pequeño establecimiento. Había tenido suerte después de todo, ya que gracias a que el antiguo propietario era un anciano que deseaba retirarse, no había sido muy exigente con la cantidad, lo cual me permitió quedarme con el negocio por la casi totalidad de mis ahorros. El resto lo gasté en decorarlo de nuevo, adquirir nuevas existencias hasta quedarme sin un centavo.

Pero había tenido suerte en los primeros días. La gente empezaba a descubrir la tienda y todo iba bien, y yo hacía cálculos cada dos minutos pensando en lo que ganaría en un mes, y en lo que me quedaría después de enviar mi cheque al internado y pagar mis impuestos y me las prometía muy felices.

Sí; todo iba bien.

Hasta aquel maldito día.

Acababa de servir a una mujer de mediana edad cuando entró el hombre. Lo miré distraídamente mientras devolvía el cambio a la clienta. Vi que era un tipo alto y recio, de rostro aplastado y desagradable.

Pensé que el individuo era un cliente de *whisky*. Seguro que pediría una botella de *ray* u otro cualquiera por el estilo. Un ex boxeador seguramente...

Dediqué mi mejor sonrisa a la señora y me volví hacia el recién llegado, dispuesto a formularle la rutinaria pregunta de costumbre.

Pero él se me anticipó:

—¿Usted es el propietario de la tienda? —inquirió.

—Así es. ¿En qué puedo servirle?

—En nada. Sólo quiero hablar con usted.

Miró a su alrededor, a la puerta y luego a la cortina que separaba el establecimiento del pequeño almacén interior. La señaló con un gesto.

—¿Hay alguien más ahí dentro?

—¡No! ¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho: hablar, pero sin testigos. No me gusta el auditorio.

Mi primera idea fue que se trataba de un atraco, pero luego me dije que el tipo perdía demasiado tiempo para que fuera un asalto.

—No comprendo su actitud —mascullé, ya sin amabilidad alguna—; dígame lo que sea y no me haga perder tiempo.

—Bien, se trata de cierto sindicato que...

—¡Un momento! —le atajé bruscamente—. Si lo que intenta endosarme es una inscripción a alguna clase de sindicato, pierde usted el tiempo, amigo.

—Es mejor que me escuche hasta el final.

—Ya he escuchado bastante. Cuando me decida a sindicarme, elegiré yo mismo sin necesidad de propaganda.

El hombrón no pareció afectarse por mi negativa. Lo único que pude notar en él fue cierto endurecimiento en sus brutales facciones.

Comenzó a registrarse los bolsillos hasta que sacó un paquete de cigarrillos, del que extrajo uno que colocó entre sus labios.

Entonces masculló, mientras iniciaba la búsqueda de las cerillas:

—No me ha comprendido, palurdo —encontró los fósforos, encendió uno y aplicó la llama al cigarrillo. Cuando comprobó que éste ardía satisfactoriamente, añadió—: No le ofrezco la inscripción a nuestro sindicato.

—¿No?

—Nada de eso. Vengo a informarle de la cuota que le tocará pagar... todos los meses.

Mis nervios dieron un tirón y comencé a ver claro.

—Siga hablando —dije con voz seca.

—Es sencillo. Cada establecimiento que se abre nuevo...

—Éste no se ha abierto ahora, sino que ya funcionaba antes de comprarlo yo.

—¡Oh, no diga tonterías! Era una sucia barraca cuando lo tenía el viejo. No nos interesaba. Pero ahora es distinto, ¿sabe, palurdo? Usted lo ha convertido en una buena tienda... Limpia, lujosa y que hará buen negocio. Y como le decía antes, cuando un negocio nos interesa, hacemos algunas averiguaciones sobre el propietario. Bien, las hemos hecho también de usted.

—¿Y...?

—Me parece que tuvo usted excesiva prisa por abandonar su ciudad natal. No perdió el tiempo allí, ¿eh?

Dejó escapar una risita de burla. Algo estaba agitándose en el fondo de mis entrañas, algo que hacía temblar mis manos y vibrar mis nervios y que llevaba un sabor amargo y sucio a mi boca.

El hombrón prosiguió con tranquilidad:

—Uno podría suponer que, cuando un tipo sale de la *casa grande*, lo único que desea es volver a su casa, al hogar... ¿no se dice así?, y allí reunirse con su familia..., con el hijo.

Me enderecé como si me hubieran aplicado un hierro al rojo.

—¡Largo de aquí! —silbé entre dientes.

Se rió. El muy estúpido se rió. No comprendió que estaba asomándose a un abismo al mezclar a mi hijo en su sucio juego. Y siguió adelante después de burlarse de mí.

—Le duele, ¿eh? Bueno, pues se aguanta. Va a pagar usted cien dólares al mes... si se porta bien y no crea dificultades. Si hay jaleo en los cobros pueden ocurrir dos cosas, ¿sabe usted? O que le doblen la cuota... o que su establecimiento sufra un accidente... Ya sabe —añadió con una mueca—. A veces estalla la conducción del gas y el efecto es el mismo de una bomba. O, también suele suceder algunas veces, el local se incendia debido a causas desconocidas, ya sabe cómo son esas cosas. Los bomberos dicen que el incendio se ha debido a un corto circuito y se quedan tan anchos...

—Fuera de aquí, hijo de perra.

—No se ponga bravo, palurdo. Tiene veinticuatro horas para pensar lo que más le conviene. A Carmody no le gusta repetir las cosas.

—Escuche, Carmody, y métase esto en la cabezota...

Me interrumpió con una carcajada ronca y bestial. Cuando su hilaridad pareció calmarse, graznó:

—¡Qué divertido es usted, palurdo! Yo no soy Carmody... El... es todo un caballero...

Apreté las mandíbulas y salí de detrás del mostrador. Lo que fuera que estaba agitándose en el fondo de mí había crecido tanto que amenazaba con salirme por todos los poros de la piel. Y era algo amargo y ardiente que no presagiaba nada bueno.

¡Cien dólares al mes! Y el cheque para el internado... y los

impuestos, y las facturas que todavía estaban pendientes de pago.

—¡Veinticuatro horas, palurdo! —sentenció el bastardo.

Siguió riéndose cuando se dirigió a la puerta.

Le seguí hasta la acera.

—¡Un momento! —exclamé, ya fuera de la tienda.

Se volvió. Quedó a un paso de mí.

—Dígale a ese Carmody —estallé al fin— que no verá un centavo de mi bolsillo. Tengo la idea de que en esta ciudad hay algo llamado policía...

—¿Y qué cree usted que harán los *polillas*? Carmody es un hombre importante. Ya sabe; obras de caridad, buena Prensa, influencias..., y una nómina tan larga como la Biblia todos los meses. Piénselo, palurdo.

—Alguien habrá que sea lo bastante honesto para escucharme.

—¡Oh, sí! El pastor presbiteriano de la esquina.

Y volvió a reírse de aquella manera sucia y brutal.

Fue más fuerte que yo. Toda la tormenta que se convulsionaba dentro de mí estalló como un barreno al imaginar que aquellas sanguijuelas iban a sacarme un dinero que yo necesitaba para mi hijo, para rehacer mi vida y encarrilarla por el sendero recto que me había trazado.

Le cerré la boca con un gancho de abajo arriba que hizo chasquear sus mandíbulas y tiró su cabeza hacia atrás. Detrás de la cabeza siguió él y acabó sentado en la acera, mirándome estúpidamente, como si no pudiera dar crédito a lo que le había ocurrido.

—¡Condenado palurdo! —barbotó entre dientes.

Su mano tanteó en su axila, pero no le di tiempo de sacar el arma que evidentemente iba a empuñar, sino que le propiné un puntapié en la cara y rodó pollas baldosas, aullando como una bestia.

Comenzó a acercarse gente, pero no me entretuve. Salté sobre él y los tacones de mis zapatos se le clavaron en la base del cuello, aplastándole la cara contra el suelo. Siguió aullando, pero con menos fuerza.

Había conseguido empuñar un enorme revólver de cañón recortado. Yo no había visto nunca un arma como aquélla. Afortunadamente, estaba de cara al suelo y la sangre que bañaba su

cara le impedía fijar la mirada, lo que me dio tiempo de caerle encima, arrebatarle el enorme revólver y sacudirle con él en un costado de la cabeza.

Quedó tan quieto como si estuviera muerto. Pero no llegó a perder el conocimiento, sino que permaneció aturdido unos instantes, gimiendo y barbotando juramentos y obscenidades, mientras se acariciaba la cabeza con las dos manos.

El grupo que se había formado a nuestro alrededor acabó de cerrarse. Entonces los miré. Comprendí que, en un caso de apuro, no podría esperar ayuda alguna de aquellos papanatas. No había ningún policía entre ellos. Me hubiera sorprendido mucho ver a alguno, ya que nunca están donde deben estar cuando se los necesita.

Examiné el revólver que tenía en mi mano. Era un «45» con un cañón no más largo de un par de pulgadas. Un arma terrible por su potencia. Me estremecí al imaginar que por poco no había encajado uno de los gruesos proyectiles.

El fulano comenzó a rebullir, esforzándose por levantarse. Los curiosos se apartaron un poco y el murmullo de sus voces se apagó. Seguramente esperaban contemplar la continuación de la pelea.

Pero yo no estaba dispuesto a proporcionarles más diversión. Tan pronto el pistolero logró sentarse en el suelo le coloqué el cañón de su propio revólver rozando la nariz, y le advertí:

—Lárgate de aquí antes que tire del gatillo, bastardo. Y dile a tu jefe que la próxima vez no saldrás por tu pie. ¿Está lo bastante claro para tu mollera, © tengo que sacudirte un poco más?

Me miró con sus ojillos de cerdo cargados de ira, pero no replicó. Siguió peleándose con sus vacilantes piernas hasta que se irguió, sorprendido de tal hazaña.

Entonces dijo:

—Devuélvame el revólver...

—Ni hablar de eso. Lo guardaré como recuerdo, y la próxima vez que asomes la cara por aquí, te lo vaciaré en la barriga. Y ahora, andando; ya me he cansado de verte.

Titubeó unos segundos, pero acabó por girar sobre sus talones y se marchó, abriéndose paso a codazos entre el círculo de curiosos.

Antes de regresar a la tienda pude verle cómo se limpiaba la cara con un sucio pañuelo. La sangre acabó de dejarlo para la

basura.

Los papanatas que se habían concentrado en la acera se marcharon, defraudados. Yo regresé a mi establecimiento mucho más preocupado de lo que estaba dispuesto a admitir. Estaba seguro que aquello no había acabado.

Instintivamente, guardé el revólver en el bolsillo trasero del pantalón. Miré a mi alrededor, a las estanterías abarrotadas de mercancías. Detrás de ellas me parecía ver, como si estuvieran puestos en fila, todos mis ahorros y mis ilusiones.

Y, por encima de todo ello, el recuerdo del pequeño Johnny y su porvenir. No me importaba lo que pudiera sucederme a mí. Después de todo, yo era un cualquiera; pero de mí dependía aquel niño que ya había sufrido demasiado por culpa de mis errores...

Yo había oído hablar muchas veces del truco de la *protección*, y sabía que, en pequeña escala todavía se explotaba en algunas ciudades del país, lo que nunca pude suponer era que lo explotasen en Los Ángeles, y en grande, además. Recordé entonces lo que, en el penal, se comentaba respecto a las enormes sumas que pagaban los grandes de Hollywood, desde los productores a las estrellas..., y comprendí que no eran sólo ellos quienes tenían que pagar, sino todo el que se decidía a abrir un establecimiento.

Naturalmente, yo era un forastero, un don nadie. Comenzaba a darme cuenta que, si recurría a la policía sin saber el terreno que pisaba, lo más seguro sería que me viera envuelto en un lío. No tenía ninguna prueba para acusar al tal Carmody. Y si el tipo estaba bien agarrado, quien saldría con las manos en la cabeza sería yo.

Tenía que enterarme de cómo estaban los asuntos en la ciudad, y para eso nadie mejor que Bernie. Él debía conocer lo que había tras los brillantes telones de una sociedad que, por lo que empezaba a comprender, estaba tan corrompida como la que ya había conocido anteriormente, en otra ciudad...

Esperé con impaciencia la hora de cierre, y en contraste con los días anteriores, no experimenté ninguna satisfacción por los clientes que dejaron su dinero en mi negocio durante aquella tarde.

CAPÍTULO II

Bernie Palmer vivía en un espectacular apartamento detrás de Sunset Boulevard. Según él, un apartamento en semejante lugar era imprescindible para mantener su «cartel». Escribía guiones de cine y estaba a sueldo de una Productora, de manera que las cosas le iban bien y no se preocupaba de otra cosa que de engullir *whisky* suficiente para acabar todas las noches flotando en una nube.

Lo encontré de mal humor, con un montón de folios a un lado de la máquina de escribir, otro en blanco puesto en ella, y un gran vaso de licor en la mano.

—No eres muy oportuno —refunfuñó.

—¿Por qué, tienes trabajo?

—Siempre tengo trabajo..., pero esto es peor. Se han empeñado en que convierta un mamotreto en un guión aceptable. Es para volverse loco.

—Ya veo. Tampoco a mí me van bien las cosas.

—Vaya, hombre. ¿No marcha el negocio? Pero si me has elegido como paño de lágrimas, será mejor que te calles. No estoy de humor.

—No se trata de eso, Bernie. No te molestaría si fuera algo así. Es más grave.

—Bueno, suéltalo de todas formas. Así podré volver a ensuciar papel.

—¿Qué sabes de un fulano llamado Carmody?

Estaba llevándose el vaso a los labios y lo detuvo a la mitad de trayecto. Levantó la cabeza vivamente.

—¿Qué tienes tú que ver con esa víbora?

—De manera que lo conoces...

—Lo he visto algunas veces, pero sé la clase de individuo que es.

¿Por qué te interesa a ti?

—Porque quiere arrancarme cien dólares todos los meses.

—¿Qué?

Se enderezó y abandonó definitivamente el vaso. Sus ojos turbios se achicaron visiblemente.

Me apresuré a contarle lo que me había sucedido. A juzgar por la manera como me escuchó no me cupo duda de que había conseguido interesarle.

Después de unos instantes de silencio asintió con un gesto.

—Sí —dijo—. Había oído decir que se practicaba la *protección* en esta ciudad, pero no sabía que fuera Carmody quien dirigía el negocio. Y tú has vapuleado a uno de sus recaudadores...

—Un poco —reconocí.

—Debes estar loco.

—¿Por qué? He intentado defender mi dinero...

—De la peor manera que podías haber elegido.

—Pero la policía, Bernie...

—Los *polis*, excepto contadas y honrosas excepciones, arman un enorme vocerío por cualquier cosa pequeña, echan el guante a los desgraciados sin importancia y permiten que los elefantes se les escapen de sus *engrasadas* redes.

—¿No exageras? No es posible que todo esté tan podrido.

—Lo está un poco más, si es que te sirve de algo mi opinión. Simeón Carmody posee una organización perfecta, tiene talento de político y tan pocos escrúpulos como éstos. ¿Has oído hablar alguna vez del rey Midas?

Lo miré con sorpresa.

—Claro —dije— fue el tío que convertía en oro cuando tocaba.

—Ajá. Carmody es lo mismo, excepto que todo lo que toca lo convierte en podredumbre, lo echa a perder, ¿comprendes? Es como un leproso que fuera extendiendo sus sucias pústulas a su alrededor.

—Ya veo. ¿Cuál es tu consejo, Bernie? Tú conoces, esto mejor que yo.

—Paga.

Tomó el vaso y lo vació de un trago. Entonces pareció darse cuenta de que no me había invitado y se apresuró a preparar dos más.

Cuando volvió junto a mí dije:

—Eso es una claudicación, Bernie.

—Has pedido mi opinión y yo te la he dado, eso es todo. No puedes luchar a puñetazos contra una montaña.

—Las montañas se desploman con algunos barrenos.

—Me parece que la cárcel te secó los sesos, muchacho. Carmody está por encima de ti a tal altura que no podrás alcanzarlo ni con un cohete espacial. Domina toda clase de resortes. ¿Crees que la policía no sabe qué clase de negocios maneja? ¡Claro que lo saben! Pero jamás han hallado la menor prueba..., si es que han tenido interés en buscarla, cosa que tampoco es muy segura. Controla el tráfico de drogas, el juego, la prostitución y otras muchas cosas. Se dice que desde México entra marihuana a toneladas, pero nadie ha podido probarlo.

—Comprendo. Como en los viejos tiempos.

—Mejor que en los viejos tiempos. Está mejor organizado. Carmody es un hombre de negocios, ¿comprendes, muchacho? Y como tal, sabe el valor del dinero que se emplea en publicidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

Soltó una risita vacilante y bebió un trago.

—Grandes sumas en obras de caridad. Y cada vez que entrega esas cantidades, hay algún periodista de sociedad por los alrededores para aventarlo en las páginas de los periódicos. Y, lo más importante, reparte los cheques como si fueran confetti, con lo cual tiene en el bolsillo la mayoría de resortes del poder local.

—Eso se llama soborno en todas partes.

—No cuando se ejerce en las altas esferas y con castidades... aristocráticas podríamos decir.

—Total, que tengo que pagar.

Asintió con un gesto. Luego explicó pacientemente:

—No es que me guste semejante estado de cosas, pero no podemos hacer nada, Mark. Verás... Carmody andaba detrás del control de las apuestas. De eso hace un par de años poco más o menos. Pero en aquellos tiempos, quien dominaba ese negocio era un tipo llamado Mallory. Era un individuo de la vieja escuela, brutal y salvaje que no le temía a nada ni a nadie, y se embolsaba un par de millones al año limpios de polvo y paja. Bueno; una noche saltó desde la ventana de su apartamento, en el vigésimo piso del edificio Goebal. La policía certificó que se había arrojado

voluntariamente y el asunto se archivó como suicidio.

—¿Y...?

—Carmody se quedó con el control de las apuestas.

—Ya veo.

—Hay más, muchacho, por si te interesa. Tal vez eso meta algo de sentido común en tu mollera de provinciano. Mallory estaba liado con una beldad del cine, Linda Stewart. Empezó a correr el rumor de que, la noche en que él pegó el gran salto, ella estaba en su apartamento..., y dos días después, su coche se despeñó por un acantilado y la pobre muchacha quedó hecha jirones. También esta vez la policía certificó que había sido un lamentable accidente..., pero más tarde se supo que el coche había sido sabotado. Alguien se había tomado la molestia de serrar la barra de la dirección, dejando solo unos milímetros intactos, de manera que en cualquier curva cerrada saltara en pedazos. Y, amigo, te aseguro que saltó.

—Ya veo —repetí, atónito.

—Así es que hazme caso, Mark. Paga y olvídate de tus instintos de luchador. Te romperías los dientes contra algo demasiado duro. Y no serías el primero.

—¿Quieres decir que hubo alguno que lo intentó?

—Oh, sí, claro. Varios, entre ellos algunos reporteros, pero todos han terminado por entrar en vereda.

—La libertad de Prensa y esas cosas —comenté con sarcasmo.

Gruñó su disgusto y añadió:

—Déjate de monsergas. Sólo existe libertad de Prensa para poner en la picota al Gobierno Federal. A propósito..., hubo un muchacho llamado Tyrrell, un reportero de nuevo cuño, recién incorporado a la plantilla de su periódico y con deseos de triunfar. Estaba dispuesto a luchar con los molinos armado sólo con la pluma. Bueno, lo encontré un día en un bar y cambiamos impresiones. Estaba entusiasmado, le brillaban los ojos de excitación porque, según me dijo, iba a escribir un reportaje que haría saltar hasta los cimientos políticos de esta pobre ciudad, y a Carmody con ellos. Sus palabras fueron que lo haría pedazos desde las páginas del periódico. Lo había descubierto todo... y poseía pruebas suficientes para respaldar su reportaje... Fue verdaderamente lamentable, Mark.

—¿Por qué, no le dejaron publicarlo?

—¿Publicarlo? Ni siquiera llegó a escribir el artículo. A la mañana siguiente lo encontraron tirado en un descampado, inconsciente y con los sesos hechos fosfatina. Le habían estado golpeando con calcetines de arena hasta dejarlo por muerto.

—¿Y no lo estaba? —pregunté con voz ronca.

—No, aguantó algunas horas, pero sin recobrar el sentido. Murió en el hospital..., y sus otros colegas se desgañitaron contra las partidas de *beatniks*, gamberros y demás fauna, cargándoles a ellos el mochuelo. Pero a partir de la muerte del pobre Tyrrell ninguno volvió a intentar descorder el velo del misterio.

Quedé mudo de estupor, resistiéndome a creer lo que Bernie acababa de contarme. Al cabo de unos instantes le pregunté mirándole fijamente.

—¿No informaste a la policía de tu conversación con el periodista?

—Hablé de ello con

O'Shea.

Thomas

O'Shea

es un teniente de la Brigada Secreta, y te aseguro, que si hay un policía honesto y hábil es él. Bueno, pues no pudo hacer nada, naturalmente. Hay una legión de tipos por encima de

O'Shea,

más poderosos, que lo aplastarían si trataba de remover esa clase de asuntos por su cuenta. Además, con lo que yo le conté no tenía nada a dónde agarrarse para iniciar una investigación. Todo quedó como estaba. Desde entonces, Carmody ha escalado nuevas cumbres y su fortuna se ha centuplicado...

—Comprendo, Bernie. Con las decenas de miles de establecimientos que hay en la ciudad, son millones lo que embolsa sólo con la *protección*.

—Eso es. ¿Te das cuenta de por qué te aconsejo que pagues?

—Perfectamente. Pero si siguen así no tendré más remedio que cerrar el negocio muy pronto...

—No exageres. Cien dólares al mes, para un negocio como el tuyo, no son ninguna ruina.

—No, pero están los impuestos, y el cheque para el internado de Johnny... y todavía tengo deudas, Bernie.

Hizo una mueca de contrariedad, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Tú verás lo que haces, muchacho —refunfuñó, apurando las últimas gotas de *whisky* que— había en su vaso. —Ya conoces mi opinión.

—Okey, Bernie, sabía que me hablarías sinceramente...

—¿Otra copa para quitarte el mal sabor de boca, chico?

—Bueno, pero sólo una.

Las preparó, creo que como excusa para servirse él otra ración fuera de concurso. Cuando me entregó el vaso, todavía quise tantear un último argumento.

—¿Qué te parece si hablo con ese policía que has mencionado? Quizá si sabe que intentan sangrarme...

—Haz lo que quieras. Te daré una tarjeta para él si realmente quieres ir a verlo. Sin embargo, estará igual que antes, Mark. Tu información no le dará ninguna prueba legal para ponerse en campaña.

—Es cierto, pero... En fin, dame esa tarjeta de todas formas.

Escribió en una de sus tarjetas y me la dio. La guardé sin leer siquiera lo que había escrito.

—Mi única esperanza —comentó mientras agarraba el vaso como si de él dependiese su vida—, es que algún día Carmody tropiece y se vaya al infierno con todo su equipo de matones y picapleitos. Y te aseguro que esa misma esperanza alienta en el noventa por ciento de ciudadanos de Los Ángeles. Y no te diga nada de los de Hollywood...

Bebí todo el *whisky* a pequeños sorbos, pensativo. Multitud de ideas danzaban por mi cabeza como duendecillos encabritados. Lo malo de eso era que ninguna de ellas me ofrecía una situación clara. Cuando me levanté, dispuesto a marcharme, Bernie dijo como despedida, estrechándome la mano:

—Sé que sabes cuidarte, Mark. Tú no eres un pisaverde cualquiera, pero eso no es asunto para ti. De todas formas, llámame si estás en un apuro.

—Lo haré, Bernie. Gracias por todo.

Lo dejé solo con su *whisky* y me sumergí en el tráfico de las calles andando como un autómatas.

Tenía que pagar. Eso estaba claro. No dudaba, ni de una sola de

las palabras de Bernie, porque él conocía a fondo aquel ambiente. Y, aunque sólo la mitad de cuanto había contado fuera cierto, era suficiente para alejarme del camino de Carmody y sus secuaces a la velocidad del rayo.

No obstante...

Algo se revolvía dentro de mí ante semejante iniquidad. Era terrible tener que doblegarse a las arbitrariedades de un criminal al que uno sabe amparado detrás de las organizaciones políticas, escondido a la sombra de unas leyes creadas precisamente para acabar con hombres como Carmody...

Al fin decidí que no perdía nada con visitar al policía amigo de Bernie. Por lo menos, si después las cosas se complicaban, yo tendría la tranquilidad de espíritu de haber puesto en antecedentes a la policía de lo que estaba sucediendo.

Pero no tuve suerte. En la Central me dijeron que el teniente O'Shea

no estaba de servicio. Quise ir a su casa, pero el sargento de guardia hizo una mueca y me informó que no estaban autorizados para facilitar las señas de los oficiales. Si quería hablar con otro...

No; yo no quería hablar con nadie más.

De manera que me marché, y anduve por las calles notando cómo mi malestar aumentaba a medida que llegaba a la conclusión de que no me quedaba otro remedio que pagar.

Cansado, tomé el autobús hasta mi domicilio.

CAPÍTULO III

Cuando llegué al diminuto apartamento que había logrado alquilar, mi estado de ánimo no era el más adecuado para las sorpresas. En aquellos instantes, todo cuanto dominaba mi mente era una monstruosa imagen del desconocido Carmody, al que, inconscientemente, me representaba mentalmente como a una inmensa babosa provista de viscosos tentáculos, gigantescos, entre los que se debatían los diminutos habitantes de la ciudad.

Así es que abrí la puerta distraídamente y volví a cerrarla antes de que mis nervios dieran un tirón al ver la luz de mi dormitorio encendida.

Un sudor frío me invadió. Estaba dispuesto a ver amenazas mortales a mi alrededor desde que había machacado al matón.

Durante unos segundos quedé inmóvil, incapaz de reaccionar. Después, recordé que todavía llevaba el revólver del pistolero y lo saqué, un poco sorprendido de que los asaltantes no hubiesen dado fe de vida al oírme llegar.

Con el arma en la mano di los primeros pasos en dirección a la puerta por la que se veía la luz. Entonces sonó la voz, suave y un poco ronca, sensual casi a pesar de la parquedad de palabras.

—Creí que no iba usted a venir nunca.

La voz había surgido del dormitorio. Pegué un salto y me planté en el umbral de la habitación blandiendo el revólver.

Pero no pasé de allí, estupefacto.

La mujer estaba tendida en mi cama, un cigarrillo humeaba en su mano y sus enormes ojos verdes me miraban con una expresión indescifrable.

—¿Quién diablos es usted? —conseguí articular. Pero mi voz falló lamentablemente.

—Entre, Dickinson. Siéntese aquí, a mi lado..., y guarde ese trasto. Y ahora que recuerdo, supongo que es el revólver de Staats.

—¿De quién? —pregunté como un eco.

—Staats. El hombrón que le ha visitado a usted en la tienda...

Eso tuvo la virtud de ahuyentar mi estupefacción. Avancé hacia ella, dándome cuenta de que era muy bella, demasiado para estar en mi apartamento a semejantes horas. Tenía unas piernas largas y bien formadas, delgada cintura y busto breve y altivo. Vestía de manera que todos sus encantos fueran realzados al máximo, pregonando con desfachatez la pujanza de su cuerpo joven y elástico.

—¿Es usted amiga suya? —pregunté, bajando el revólver, pero sin guardarlo todavía.

—¿De quién, de Staats? No, no creo que sea amiga suya... Más bien trabajamos en la misma empresa.

—Eso me parecía comprender. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí?

—¡Oh, eso! No es nada difícil con esas cerraduras fabricadas en serie.

—Ya veo.

—No sea quisquilloso, Dickinson. Es un detalle sin importancia. Venga, siéntese aquí, junto a mí. Le aseguro que no muerdo.

Guardé el revólver y me senté a los pies de la cama. Ella se incorporó lo suficiente para quedar apoyada sobre, un codo y me estudió detenidamente, con descaro, igual que si quisiera grabar mi imagen en su memoria.

Tras el escrutinio, suspiró.

—Me gusta usted —runroneó—. Me gusta mucho.

—Eso es debido a mi *sex-appeal*.

—No lo tome a broma, Dickinson... Porque es cierto que me gusta. Y precisamente por eso lamentaría verle dar un mal paso.

—¡No me diga!

—Así es. Y puede decirse que ha empezado a darlo.

—¿Por haberle sacudido a Staats?

—Eso no tendría mayor importancia. El cobra para dar la cara, de manera que si alguna vez se la aplastan, pueden considerarlo como accidente de trabajo. No, Dickinson; no es precisamente por eso.

—Siga hablando antes de largarse de aquí. No me gustaría mucho tener que golpearla a usted también para perderla de vista.

—¿Se atrevería a pegarme?

—¿Por qué no?

Esbozó una leve sonrisa y asintió con un gesto. Después murmuró:

—Sí, estoy segura que sería capaz de hacerlo. En fin, correré el riesgo —suspiró y dio un poco más de luz a su sonrisa—. Usted le ha dicho a Staats que no pensaba pagar la cuota mensual. Ése es el mal paso a que me refería.

—¿Eso es todo?

—Espere..., Mark. ¿Es así cómo se llama? Sí; ya recuerdo... Mark Dickinson, ex corredor de apuestas, jugador profesional en Las Vegas y ex presidiario. A propósito, ¿por qué le encerraron, querido?

—Maté a un hombre. Puedo hacerlo otra vez si me obligan.

—No se ponga trágico, Mark. No me divierte. Y no desperdicie mi compañía. No suelo prodigarme de un tiempo a esta parte.

—Al grano, niña. ¿Cuál es el mensaje?

—¿Qué prisa tiene? Está bien —añadió al ver mi impaciencia—; el jefe ha creído que debía advertírsele una vez más antes de tomar ninguna decisión. El opina que, en les tiempos actuales, las cosas deben hacerse con calma. Por eso me ha mandado a mí.

—¿Eso es todo?

—No —se incorporó un poco más y sus pupilas centellearon con ramalazos verdes—. Las veinticuatro horas que le ha dado Staats siguen en pie. Pero no sea usted tonto y pague, ése es mi consejo.

—El consejo de Carmody.

—Es lo mismo. Usted está solo aquí, nadie le conoce ni tiene a donde recurrir si las cosas se le ponen feas. Y le aseguro que Carmody puede hacer que lo sean más de lo que usted supone. Tiene a un tremendo equipo de especialistas, pirotécnicos y demás.

—¿Por qué la ha mandado a usted?

—Tiene confianza en mí. Por otra parte, ha supuesto que conmigo no empezaría usted a golpes. No le gusta el escándalo, usted sabe.

—Sí, lo sé. Prefiere los métodos silenciosos, como un paseo a las afueras, una paliza con calcetines de arena y cosas así...

—Usted ha leído demasiadas novelas policíacas, Mark... Esas cosas ya no suceden hoy día. Carmody es un potentado, un respetable hombre de negocios, con poderosas vinculaciones, lo que él llama «relaciones costosas y oportunas».

—Imagino que algo quedará sin corromper. ¿O es todo carroña?

—Depende de lo que considere usted carroña, pero desde luego, no hay nadie que no se venda si el precio que le ofrecen es lo bastante elevado. Créame; pague y déjese de buscarse complicaciones. Después de todo, cien *pavos* más o menos... Incluso sin ellos la vida tiene cosas buenas.

—¿Sí?

—Míreme a mí si lo pone en duda. ¿No se ha fijado en los detalles?

—Saltan a la vista. Si ha terminado, ya sabe dónde está la puerta.

Saltó del lecho y quedó de pie frente a mí, mirándome descaradamente.

—Naturalmente —dijo con ironía—. Le diré a Carmody que usted ha decidido pagar... Y sigue usted gustándome a pesar de saber que es un tonto.

Noté la ira agolpándose dentro de mí. Estaban llegando demasiado lejos y no se daban cuenta.

Antes que pudiera pronunciar una palabra, ella murmuró:

—¿No hay un beso para esta paloma mensajera, querido?

Pegué un respingo. Las uñas se clavaron en mi propia carne cuándo cerré furiosamente los puños para contenerme. No obstante, dije salvajemente:

—¡Antes besaría a una serpiente de cascabel! Y ahora, largo de aquí, zorra, y no vuelva. Puede decirle a Carmody que esta vez se han equivocado.

Eso no le gustó. La sonrisa se esfumó de su rostro cuando inquirió seriamente:

—¿Es su última palabra?

—Usted lo ha dicho. Pueden irse usted y él al infierno y arder allí hasta que yo diga basta.

Giró sobre sus talones y abandonó la habitación dirigiéndose a la salida. No obstante, antes de marcharse se volvió hacia mí y sus ojos verdes parecieron bucear en el fondo de los míos.

—Lo siento —murmuró—. Creí que era usted más inteligente.

Abrí la puerta y la mantuve así para que saliera. Lo hizo, y pasó tan cerca de mí que noté el roce de su cuerpo. Se detuvo justo en el umbral y ladeó un poco la cabeza.

—Si cambia de opinión —murmuró—, búsqieme en el «Manhattan».

Cerré de un portazo. Ella dio un brinco hacia atrás para evitar que la puerta le aplastara la nariz y yo me quedé solo.

Comencé a pasear de un lado a otro, inquieto. Me cansé pronto del ejercicio y fui a tumbarme en la cama. Instantáneamente, mi olfato captó el suave perfume que se desprendía de las sábanas, el perfume de aquel cuerpo provocativo que había estado allí tendido pocos minutos antes.

Me levanté de un salto y abrí la ventana para que el aire se llevara la fragancia turbadora de aquella mujer. Me quedé allí, asomado, fumando y reflexionando.

Lo que pensé durante aquella hora larga que estuve acodado en la ventana, fumando y mirando sin ver las fachadas del lado opuesto de la calle, acabó con mis vacilaciones. Quizá decidiera pagar, pero antes conocería a Carmody. No quería dejar ninguna posibilidad sin tantear.

Supuse que si aquella especie de embajadora me había citado en el «Manhattan», no era descabellado suponer que su jefe también estaría en el *cabaret*. Quizá fuera aquél su cuartel general. Y, tanto si lo era como si no, yo tenía un poderoso motivo para intentarlo.

Un motivo llamado Johnny.

CAPÍTULO IV

Envuelto en aquella atmósfera refinada, un poco impresionado por el lujo del establecimiento, me pregunté cómo lo haría para identificar a Carmody sin ponerlo en guardia primero. Deseaba estudiar al tipo y descubrir a sus guardaespaldas si es que los llevaba.

Me instalé en el bar y permanecí allí quieto un buen rato, bebiendo mi *whisky* a pequeños sorbos y mirando continuamente a mi alrededor. Así descubrí a la mujer que había penetrado en mi apartamento.

Estaba sentada a una mesa en compañía de dos hombres y otra dama tipo Hollywood, más espectacular, si cabe, que mi conocida. Pero de aspecto tan sintético o más que ella también.

Me interesé por los dos individuos que las acompañaban, por si luego resultaba que uno de ellos era Carmody. Inmediatamente descarté al gordo. Era un fulano bajo y rechoncho, calvo y de pequeños ojillos turbios. Tenía todo el aspecto de un tendero retirado, pero no parecía peligroso.

En cambio, el otro era muy posible que fuera el *gángster* que me interesaba. Tenía una espesa cabellera peinada impecablemente, frente ancha y ojos crueles, unos ojos que incluso a aquella distancia podía vérselos la helada expresión que poseían, como si nada fuera capaz de alterarlos. Llevaba un bien cortado traje oscuro y casi se volcaba sobre la beldad de melena rubia que le reía las gracias.

Si aquél era Carmody, me convencí de que sería un mal enemigo. No habría nada capaz de conmovirlo.

Seguí con mi examen. El gordo no parecía interesarse por ninguna de las dos mujeres que tenía en la mesa. Bebía y

contemplaba a los que bailaban. Se comprendía que el hombre se aburría.

En una mesa cercana a la que ocupaban las dos parejas había dos tipos tan aburridos como el gordo. Eran dos ejemplares muy parecidos al que me había visitado en la tienda. Toda su atención estaba concentrada en vigilar a todo el que se acercaba a la mesa de las muchachas, aunque no se dirigiera realmente a ellas. Supuse que eran los guardaespaldas del gran hombre.

Como si mi escrutinio hubiese atraído su atención, la mujer que yo había echado de mi apartamento volvió la cabeza y me descubrió. Inmediatamente, se inclinó hacia el hombre que yo presumía era Carmody y habló algunas palabras. El tipo no volvió la cabeza, limitándose a encogerse de hombros. Quizá no le había dicho quién era yo.

Ella se levantó y vino recto hacia donde yo estaba. Una divertida sonrisa aleteaba en sus labios, y no la borró cuando se encaramó al taburete que había a mi lado. Sólo dijo:

—Estaba segura que vendría usted, Mark.

—¿Intuición femenina?

—Sentido común —rió.

Hizo una seña al barman y no habló hasta que el mozo dejó ante ella una copa con un líquido dorado que ella saboreó delicadamente.

Entonces murmuró:

—Supongo que ha decidido pagar, ¿eh, querido?

—Tal vez, pero deseaba ver qué clase de alimaña es Carmody.

Me miró con la sorpresa reflejada en sus ojos verdes.

—Bien, ya lo ha visto —dijo.

—¿Cuál es de los dos, el gordo o el flaco?

—El gordo es uno de los abogados de Carmody.

—Lo he adivinado. No podía ser de otra manera una vez se le ha visto la cara. Es un asesino nato a juzgar por sus ojos de pescado.

Volvió a acusar un ligero sobresalto.

—Realmente, ¿a qué ha venido usted aquí? —quiso saber.

—Usted me había citado, ¿recuerda?

—Sólo en el caso de que decidiera pagar.

—¿Ha dado mi mensaje a su amo?

Pegó un respingo.

—¡Yo no tengo amo, estúpido!

—Okey, no se sulfure. ¿Se lo ha dado o no?

—Letra por letra.

—¿Y qué?

—Nada. Carmody no se altera por una pequeñez semejante. Sólo cuando pase el plazo actuará..., si usted no cambia de manera de pensar.

Tragué aire profundamente antes de soltar con voz resuelta:

—Quiero hablar con él.

—Usted debe de estar loco. ¿Cree que Carmody accede a perder el tiempo con el primer papanatas que se lo pide?

—Yo no pido nada, de manera que será mejor que lo traiga usted aquí, paloma, o iré yo a su mesa, y tal vez se arme un poco de alboroto.

—No podría llegar hasta él. ¿No ha visto a los dos vigilantes? Conocen su oficio a la perfección. Créame, Mark..., pague. Ya le he dicho en su apartamento que usted me gusta, ¿verdad? Bien, sigo pensando igual. Sería lamentable que Je sucediera cualquier desgracia...

—¿Qué clase de zorra es usted?

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Cualquiera creería que es usted capaz de experimentar algún sentimiento decente.

—Sólo de tarde en tarde, grandísimo tonto. No sé por qué diablos es así, pero me gusta usted, me es simpático... Quizá sea porque no pude arrancarle aquel beso. Es la primera vez que eso me sucede. ¿De veras no le gustaría besarme?

Vacilé. Una pregunta semejante, cuando la boca que la formula está a escasas pulgadas de la de uno, roja y húmeda, ofreciéndose, no es fácil de responder. Pero ella me apremió:

—Vamos, dígalo, ¿no lo desea?

—No. Yo...

—Tonterías. Usted acabaría como los demás y entonces dejaría de gustarme.

—Nos estamos desviando... ¿Cuál es su nombre?

—Llámeme Becky.

—Está bien, Becky; tráigame a Carmody.

Sacudió la cabeza como si sintiera lástima de mí.

—¡Mire, querido, eso no puede hacerse así! Carmody es un tipo encumbrado. No accede a escuchar lamentaciones. Hay que pedirle audiencia y obedecer sus órdenes —... por lo menos al principio.

—Eso acabó en la época de las Cruzadas. Tendré que ir hasta su mesa.

Su mano cayó sobre mi brazo y se engarfió allí.

—Escuche... ¿Se siente capaz de confiar en mí, aunque sólo sea por una vez?

—No.

—Comprendo... Es una pena.

Oyéndola, uno podría llegar a creer que era sincera a juzgar por su tono de voz.

No obstante, dije:

—¿Por qué tendría que confiar en usted? Está a sueldo de ese bastardo, ¿no?

—En cierta forma solamente.

—¡Tonterías! Es con él con quien voy a hablar.

—Estoy portándome como una tonta al preocuparme por usted, pero de vez en cuando me divierte hacer tonterías. Deje el asunto en mis manos. Cuando Carmody se retire, intentaré arreglar este asunto por las buenas, pero márchese ahora, ¿quiere?

—¿Cree que me ahorraré el pago?

—No puedo saberlo, depende del humor que gaste él. Pero puede intentarse.

—Supongamos que está hablando sinceramente. ¿Por qué ese interés por mí?

—Ya le he dicho que...

—¡Sí, sí, ya lo ha dicho! —la atajé, fastidiado—. Le gusto, ¿no es eso? Pero eso no cuela, Becky. Deme otra razón.

Me miró intensamente. El brillo de sus ojos se intensificó hasta darles una profundidad de vértigo. Su voz resultó un poco ronca cuando susurró:

—Tal vez sea por lo que hay detrás de usted.

—No comprendo...

—Usted tiene que mandar un cheque todos los meses...

—Eso sólo demuestra que ustedes han hecho una buena investigación respecto a mí.

—Sí, pero no me refiero al cheque en sí, sino a lo que motiva el

envío. Su pequeño Johnny.

Pegué un respingo y la sujeté por la muñeca furiosamente.

—¡Mencionen ustedes ese nombre una sola vez y será el final del juego!

—Tómelo con calma —murmuró. Su voz tembló al añadir—. Yo también tuve una vez un pequeño Johnny.

Iba de sorpresa en sorpresa. No atiné a replicar y ella prosiguió en el mismo tono:

—No se llamaba Johnny, pero también tenía seis años y estaba en un internado...

—¿Y qué?

—Murió.

—¡Oh, diablo! Lo siento, Becky, pero sigo sin comprender...

No pude seguir. Ella se irguió y ahogó una exclamación. Luego susurró apresuradamente:

—¡Cielos, Staats! Cuidado, Mark, le ha visto...

Era cierto. El matón al que yo había vapuleado en la acera estaba mirándome con ojos inyectados en sangre, plantado al lado de la mesa que ocupaban sus dos compañeros.

—No creo que quiera armar jaleo aquí dentro —dije.

—No se fíe. De todas formas, hablaré con Carmody y le diré que usted ha venido a decirme que estaba dispuesto a pagar. Después ya tendré tiempo de arreglarlo, pero lo importante es impedir que se compliquen las cosas ahora. ¿Confía en mí, Mark?

Desvié la mirada del pistolero para ver la cara de Becky. Me pareció tan hermosa como antes, pero con una expresión nueva en sus facciones, una expresión que no le conocía.

—No me queda más remedio —refunfuñé—. Pero no voy a pagar, Becky. Por Johnny, por mí mismo, ¿entiende?

—Creo que sí.

Saltó del taburete y se alejó. Vi que Staats hablaba precipitadamente con Carmody, inclinado sobre el jefe de asesinos. Cuando, se enderezó, Carmody ladeó la cabeza para poder verme.

Entonces llegó Becky junto a él y se puso a hablarle también con viveza. El gran jefe volvió a concederme su atención. Sus ojillos de serpiente me produjeron escalofríos.

A su lado, un poco apartado de él, Staats parecía aguardar órdenes. Abría y cerraba sus grandes puños como si estuviera

impaciente por entrar en combate.

Recordé que todavía llevaba en el bolsillo su revólver, y eso me tranquilizó. Si deseaban armar una batalla campal, podría darles una respuesta completa en su propio idioma.

Becky acabó de hablar con Carmody y se dejó caer en su silla como si estuviera muy cansada. El gran hombre volvió a girar la cabeza para examinarme a placer y acabó llamando a Staats con un gesto. Le habló bajo, señalándome. Tuve la impresión de que la cosa iba a complicarse.

Como si quisiera darme la razón, el matón se irguió y vino hacia donde yo estaba con sus pasos de elefante. Descubrí las huellas del castigo recibido en toda su cara, lo cual me convenció de que el tipo debía arder en deseos de vengarse.

Bajé del taburete y apoyé la espalda en el mostrador, dispuesto a defenderme. Pero él se detuvo a dos pasos de mí.

—Acaba usted de nacer, palurdo —graznó a regañadientes—. Dice el jefe que se largue de aquí ahora mismo, y que no vuelva. Mañana por la mañana pasaremos a cobrar la primera cuota... de dos cientos dólares.

—¿Cómo?

—Doscientos. Ha habido un aumento por la manera como me ha tratado usted... Eso le enseñará a tener sentido común.

Era el final y yo lo sabía. De continuar soportando su yugo, acabaría sosteniendo el negocio para el exclusivo lucro de Carmody y su organización.

El matón parecía haber engordado de satisfacción al poderme demostrar lo importante que era. Gracias a él, me habían doblado la cuota.

Bueno.

—Pueden ahorrarse el viaje —barboté, casi sin poder hablar.

—¿Qué ha dicho?

—Se han pasado de la raya esta vez, hijo de perra...

No pudo prever lo que se le venía encima. Una niebla roja comenzaba a extenderse ante mis ojos, y ya no me importaba nada en absoluto lo que pudiera suceder a partir de aquel instante.

Así es que avancé un paso y proyecté mi rodilla hacia arriba como un ariete. Dio justo en el lugar que yo había calculado, y casi levanté a Staats del suelo.

Pero en realidad, se dobló en dos sin fuerzas ni para quejarse. Pareció que sus ojos iban a saltarle fuera de las órbitas y se llevó las manos al lugar aplastado, mientras caía de rodillas ante mí en una especie de adoración...

Aproveché su posición para descargarle un puñetazo capaz de desnucar a un buey. A él creo que le hizo un efecto parecido, porque dejó de luchar en busca de aire y cayó igual que una res apuntillada.

Para entonces, la gente comenzaba a levantarse y las exclamaciones de estupor y alarma crecían de diapasón, ahogando el sonido de la orquesta.

Intenté ver a Carmody detrás de los alarmados clientes que formaban una especie de barrera. Lo único que pude ver fue a uno de los dos guardaespaldas abrirse paso y venir hacia mí con el ímpetu de un tanque. No pude ver al otro, por lo que calculé que estaba dando un rodeo, amparado en la gente, para caerme encima por la espalda.

Recibí al primero con un golpe corto, sólo para frenarlo. Mientras él vacilaba, aproveché para colocarme de espaldas a la barra. El mastodonte reanudó su aproximación, pero con más precauciones. Pude ver que desde el momento que los clientes habían localizado el jaleo, ya no armaban alboroto, sino que tomaban posiciones para disfrutar de la pelea, lo mismo que si estuvieran en un combate de boxeo.

De Carmody no pude descubrir el menor rastro.

Mi enemigo me largó un puñetazo de tanteo, sin poner mucha fuerza en él. Lo esquivé con facilidad, pero estuve a punto de sucumbir con su fulminante réplica. Apenas si tuve tiempo de ladear la cabeza, pero incluso así me dio de refilón en la base de la oreja y creí que me la arrancaba de cuajo.

Eso me demostró que era un mal enemigo. Por poco que me descuidase lo pasaría muy mal.

Repitió el mismo juego, animado por el resultado que había estado a punto de darle. Pero nunca segundas partes fueron buenas. Esta vez encajé su primer golpe flojo, que repercutió en mi pecho como un tambor y le clavé mi derecha en el hígado con el ímpetu de un ariete.

Se desinfló como un globo. Un grito ronco escapó por entre sus

dientes apretados y el hombre se dobló, retrocediendo unos pasos.

Entonces apareció el segundo guardaespaldas. Surgió como por encanto a mi lado y me cazó con un *gancho* que casi me tiró al otro lado del mostrador.

Rodé sobre mí mismo, apoyado en la barra. Mas él me persiguió y su siguiente caricia, aunque mal dirigida, consiguió hacerme caer de rodillas.

La cortina roja frente a mis ojos adquirió un brillo cegador. Ni siquiera advertí el dolor de los dos mazazos. Confusamente, comprendí que si me vencían todo habría terminado para mí y para el pequeño Johnny, y ese recuerdo actuó dentro de mi cuerpo como una llamarada del infierno.

Vi al fulano cómo se acercaba a mí confiadamente, sonriendo torcidamente, seguro de aplastarme con un solo batacazo más ya que yo estaba de rodillas ante él.

Sin embargo, no esperé que llegara a mi alcance. Me impulsé con todas mis fuerzas y salí proyectado hacia adelante. Mi cabeza se incrustó en su estómago y su corpachón me precedió en la caída, de manera que tan pronto aterrizamos, comencé a golpear salvajemente su cara brutal, en la que ya no había ninguna sonrisa.

Ni yo mismo podía controlarme en aquellos instantes. Sólo ansiaba acabar con la amenaza suspendida sobre mi cabeza, y aquellos hombres eran para mí una parte de ella.

Así es que perdí el control y machaqué el rostro brutal del pistolero sin descanso, viéndolo desfigurarse bajo mis golpes, ciego para todo lo que no fuera destrozar a cuantos se pusieran a mi alcance.

Confusamente, noté los golpes que él me dirigía, cada vez más débilmente, pero no advertí dolor alguno, tan enloquecido estaba.

Alguien comenzó a gritar, horrorizado por lo que estaba viendo. Algunas mujeres chillaron como ratas, viendo desaparecer la cara del matón entre un surtidor de sangre.

Y entonces, el otro cayó sobre mí como una tonelada de ladrillos. Lo había olvidado por completo y pagué las consecuencias.

Si yo no sentía piedad alguna por el hombre que estaba bajo mis golpes, el compañero de éste no la sentía tampoco por mí. Creí que me partían por la mitad cuando la punta del zapato se hundió en mi

costado, lanzándome a un lado igual que un balón. Me estrellé contra el mostrador, pero antes que pudiera moverme, un nuevo puntapié me clavó en el suelo, como a un escarabajo ensartado en una aguja.

No sé cuántas veces repitió semejante castigo. La realidad estaba esfumándose de mi mente bajo el implacable castigo. Lo que sí sé cierto, es que el hombre no empleaba los puños, seguramente para no despellejárselos. Eran sus zapatos los que entraban en contacto con mi cuerpo, lacerándolo, aplastándome bajo cada golpe.

Hasta que, en un movimiento reflejo, conseguí agarrarle el pie y lo levanté bruscamente. El hombretón se derrumbó de espaldas y el suelo tembló bajo el impacto.

Era mi oportunidad. Una oportunidad que no volvería a presentármeme, de manera que, sin soltar el pie que sujetaba con todas mis fuerzas, di una vuelta completa sobre mí mismo.

El efecto fue instantáneo. Sonó un alarido salvaje que se elevó en ondas sonoras por encima de los gritos de los espantados curiosos, retumbó por todo el local y, finalmente se extinguió entre un espantoso gorgoteo.

Entonces lo solté. El pie golpeó el suelo como un trozo de madera, inerte. Sin embargo, el resto del cuerpo se agitaba en convulsiones espasmódicas.

Le había roto el tobillo, seguro.

Me agarré a la barra para levantarme. El círculo de elegantes espectadores se ensanchó apresuradamente y en el mismo instante, tres o cuatro tipos más se abrieron paso a golpes y a juzgar por su actitud, yo iba a pasarlo muy mal cuando llegaran a mí.

Pude ver también que empuñaban cortos y chatos rompecabezas de profesional. Yo había visto alguno de aquellos artefactos en el penal y sabía los catastróficos efectos que causaban.

Decidí que ya había proporcionado bastante distracción a la clientela y eché mano del revólver. Mis dedos se cerraron alrededor de la culata. Estaba sacándolo del bolsillo, cuando se apagaron las luces.

Fue algo tan inesperado, tan súbito, que todo el mundo se inmovilizó instantáneamente, incluso los atacantes.

No podía ver ni mi propia mano rozándome la nariz. Fue una oscuridad tan completa, como si el mundo hubiera muerto

repentinamente.

Conseguí reaccionar a tiempo. Salté sobre el mostrador y de allí me dejé caer al otro lado sin dejar el revólver. Rápidamente, me deslicé hacia el extremo en que estaba la trampilla por la que entraba el personal, y cuando llegaba a ella, se desencadenó el infierno dentro del local. La gente se lanzó en tromba hacia la salida, chillando, aullando como una manada de bestias enloquecidas, empujándose y aplastándose unos a otros a juzgar por el estruendo, las imprecaciones y los lamentos.

Me agaché y pasé por debajo de la trampilla. Cuando iba a incorporarme, una mano se deslizó por mi espalda y una voz queda y suave susurró:

—¡Dame la mano, loco! Te sacaré de aquí.

—¡Becky!

—¡Calla, maldito tonto!

Su mano halló la mía y tiró de mí con súbita energía. Me dejé guiar ciegamente, sin acordarme para nada de que ella pertenecía al bando contrario y que muy bien podía conducirme al matadero.

Sin embargo, no fue así. Derribamos algunas mesas en nuestra precipitada huida, pero no tropezamos con ningún ser viviente. Todos se agolpaban al otro lado, en la salida principal.

—¡Corre, por lo que más quieras! —jadeó, tras un tropezón que estuvo a punto de derribarme.

Noté el roce de una cortina en mi cara. Después i os deslizamos por un pasillo en el cual nuestros pasos rebotaban sobre las cercanas paredes.

Al final, abrió una puerta y pude darme cuenta que estábamos en un patio trasero abarrotado de trastos. Maderas rotas, astilladas, mesas desvencijadas, sillas con dos o tres patas, cajones...

Y la luz de la luna, que después de la oscuridad total por la que había corrido, estalló en mis ojos como un faro.

Había una valla al otro lado del patio. Ella me orientó sin vacilaciones:

—Súbete arriba y ayúdame a seguirte...

Resultó fácil encaramarme sobre la valla. No lo fue tanto izarla a ella, debido a su apretado vestido, que moldeaba golosamente cada una de las curvas de su cuerpo. Finalmente, la tuve firmemente sujeta contra mí y el calor de su cuerpo disipó en parte la sensación

helada que me dominaba.

Durante un fugaz instante, ella estuvo abrazada a mí con tanta fuerza, que casi ahogó mi respiración. Su aliento se estrellaba contra mi boca como un soplo cálido y perfumado.

—Nunca aprenderé —susurró.

Inclinó un poco la cabeza y sus labios rozaron los míos suavemente. Al instante, se apartó y recobró su energía.

—¡Ayúdame a descender al otro lado, querido! No perdamos tiempo. Si nos descubren, tirarán al blanco con nosotros...

La sostuve mientras se descolgaba y tras ella salté al oscuro callejón. Echamos a correr sin más palabras, uno junto al otro, y fue entonces que mi mente despertó de aquella especie de letargo y comencé a hacerme una serie de preguntas respecto a la muchacha que se arriesgaba para sacarme de un peligro mortal.

No dejamos de correr hasta encontrarnos en una calle concurrida y con suficiente luz para no temer ninguna sorpresa. Allí, la muchacha preguntó:

—¿Dónde tiene el coche?

—No tengo ninguno... Necesité todo mi dinero para montar el negocio.

—Ya veo. Maldita sea... y que esto me suceda a estas alturas... Está bien, utilizaremos el mío.

Me llevó hasta donde lo tenía aparcado, que no estaba muy distante del *cabaret*. Desde allí podía verse la aglomeración ante la entrada, la excitación de la gente y los faros parpadeantes de los coches de la policía, que al fin había llegado al lugar del alboroto.

Antes de ponerlo en marcha, Becky se volvió hacia mí y sus ojos entrecerrados quedaron fijos y estáticos, como si ella estuviera en trance.

—Supongo que ha sido usted quien ha apagado las luces —dije con voz insegura.

—Sí..., pero maldito si sé todavía por qué lo he hecho...

—Sea por lo que sea, gracias, Becky. Me ha sacado de un apuro de todos los diablos.

—No me de las gracias. Béseme si quiere demostrar que es un tipo normal.

—¿Está segura que es eso exactamente lo que desea?

—Por el momento, sí. Más adelante, ya veré qué es lo que ansío

tener de usted. Ahora bésame, condenado... ¿Le divierte que sea una mujer quien se lo pide?

La estreché en mis brazos y estrujé sus labios bajo los míos.

Yo había perdido el recuerdo de unos besos como los que estaba viviendo. Años y años sin gozarlos, soñando con ellos. Luego, rutina, un rito comercial y estúpido.

Y al fin resultaba que Becky podía besar con toda su alma asomándose a la boca, penetrando en mí como un torbellino. Y lo que era más sorprendente, yo podía sentir exactamente lo mismo que ella.

Cuando se apartó, noté el temblor de sus manos, pero las colocó sobre el volante y se quedó mirando fijamente hacia adelante.

—¿Dónde quieres que te lleve? —suspiró.

—A cualquier sitio menos a mi apartamento. Imagino que será el primer lugar en que me buscarán.

—No creo que lleguen a eso. Por lo menos, no lo harán hasta la noche. Sin embargo, es mejor que no corras ese riesgo. Iremos a mi casa. Allí es seguro que no vendrán a buscarte.

Condujo en silencio, abstraída con algunos pensamientos que, a juzgar por su expresión, no debían ser muy satisfactorios.

Cuando detuvo el auto y cerró el contacto, murmuró:

—Afortunadamente, Carmody no puede sospechar que he sido yo quien te ha ayudado a escapar. Sería capaz de arrancarme la piel a tiras si consiguiera enterarse...

—Te has arriesgado mucho.

—Sí. Hacía tiempo que no me portaba como una estúpida... Pero de vez en cuando conviene soñar un poco, Mark... o se pudre una. Vamos, mi casa es esa de la esquina.

Descendimos del coche. Ella se colgó de mi brazo y no pronunciamos una palabra más hasta que la puerta de su apartamento se hubo cerrado detrás de nosotros.

CAPÍTULO V

No sé cuánto tiempo transcurrió desde nuestra llegada hasta que me sorprendí pensando que apenas si habíamos hablado una palabra, sentados uno al lado del otro. Pero más me sorprendí cuando, tras consultar mi reloj, descubrí que llevábamos casi dos horas en el apartamento.

—¿Qué nos pasa a nosotros, Mark? —susurró la muchacha, al ver que yo estaba mirándola—. No nos conocemos, formamos en bandos opuestos y, sin embargo, aquí estamos, igual que dos viejos amantes que ya no tienen nada que decirse.

—Tampoco podría explicarlo. Es más, hasta esta noche, estaba convencido de que jamás volvería a confiar en una mujer.

Su mano se deslizó hasta enlazarse con la mía.

—Ya ves —murmuró—. Has confiado en una cualquiera.

—Tú misma te insultas...

—¿Y qué? No me hago ilusiones respecto a la vida, querido. Sé que piensan de mí las personas decentes, suponiendo que quede alguna. No soy buena y no tengo porqué simular lo contrario. Pero creo que me siento muy sola de un tiempo a esta parte.

No dije nada. No resultaba agradable en aquellos momentos oírla decir aquello.

Pero ella tenía más cosas todavía dentro, de manera que añadió: —distaba segura que nunca volvería a sentirme sola si tenía dinero suficiente para vivir bien. ¿Puedes comprenderlo? Bien; ya tengo dinero de sobra y estoy más sola que nunca.

Sentí la tentación de preguntarle cómo había reunido ese dinero de que hablaba, pero pensé que eso sería llegar demasiado lejos.

No desagué los labios.

Su mano hizo presión en la mía, obligándome a mirarla a los

ojos. Semejaban dos abismos verdes y hondos, sin fondo.

—¿Qué hay detrás de ti, Mark?

—Prefiero no hablar de eso.

—Quiero saberlo. He adquirido ciegos derechos sobre ti, me parece a mí. He salvado tu pellejo, ¿lo recuerdas, querido?

¿Cómo podía decirle lo que había sucedido años atrás? Era algo absurdo, estúpido y sin sentido si uno no lo había vivido. Pero para mí, era el recuerdo de unas horas de infierno que habían hundido mi vida y casi la del pequeño Johnny.

—¿Por qué te condenaron?

—Por matar a un hombre.

—Eso ya lo dijiste cuando te vi por primera vez. No me aclaras nada, querido.

—Está bien..., después de todo, no creo que importe mucho a estas alturas.

De manera que le conté la vieja historia. Cómo me había casado enamorado como un colegial, a pesar de mi experiencia. La manera como había adorado a aquella mujer, por la que casi había abandonado mi vida de jugador profesional. Después, el nacimiento de Johnny, el despegue de ella hacia el pequeño... y el descubrimiento de que me engañaba.

—Debió ser un duro golpe para ti —comentó Becky suavemente, con una mano presionando la mía—. Sobre todo con el niño de por medio.

—Sí... Pero creo que la hubiese perdonado si sólo hubiese sido una aventura pasajera. Por el chiquillo, ¿comprendes? No obstante...

—Sigue.

Seguí adelante, volcándole todo. Mis averiguaciones que me llevaron a saber que ya estaba liada con aquel hombre antes de casarse conmigo... y que nunca había roto con él. Incluso le daba dinero..., el dinero que me arrancaba a mí aprovechándose de que yo lo tenía en abundancia. Eso fue lo que hizo estallar el asunto.

—Esperé con todas las furias del infierno rugiendo en mi pecho. Esperé, un día, y otro... fingiendo ignorar la verdad, portándome como un imbécil que era, o había sido hasta entonces. Hasta que los sorprendí. El muy tonto intentó sacar un revólver de un cajón, pero él no sabía que yo vivía, comía y dormía con el revólver al alcance

de la mano. Disparé primero y le volé la cabeza.

—Comprendo... ¿Y ella?

—Huyó. Jamás he vuelto a verla, aunque estando en la cárcel se tramitó nuestra separación... Fue así como el pequeño quedó en manos de un internado..., un establecimiento privado que afortunadamente he podido pagar hasta ahora. Tenía algunos ahorros..., eso es todo, Becky.

—Todavía duele, ¿no es cierto?

—Es posible.

—¿La quieres aún?

—No.

—Pero... ¿la quisiste mucho?

—Al principio sí. Fue una locura.

Sus manos ascendieron hasta rozarme la cara. Siguieron moviéndose y acabaron enlazándose sobre mi nuca. Comenzó a tirar de mí hacia abajo y susurró:

—¿Crees que podrías amarme a mí, Mark?

—No lo sé, Becky.

Hozó mis labios con los suyos y suspiró.

—¿No lo sabes?

La sujeté contra mí y el beso estalló como una llamarada. Casi sin despegar los labios, murmuré con voz ronca:

—No estoy seguro...

—Es difícil estar seguro, Mark. Yo sé mucho de esta inseguridad.

De nuevo dejamos que el silencio nos envolviera como un sólido muro, pero ella siguió abrazada a mí y sus labios continuaron dándome su calor, mientras el mundo se borraba de nuestras vidas, como si no existiera, igual que si no hubiese existido nunca y nosotros fuésemos los únicos seres humanos de la Creación.

Recobrar la cordura nos costó un esfuerzo casi doloroso. Nos parecía que dejábamos atrás una etapa decisiva de nuestras vidas y que iniciábamos otra nueva, cargada de incógnitas, pero limpia y abierta a la esperanza.

—¿Por qué ha tenido que suceder todo esto, Mark? —susurró cuando pudo hablar—. Nos conocimos como enemigos, y de repente me di cuenta que tú no eras como los demás.

—Es posible que te equivoques —dije a mi pesar—. A mi lado no hallarás nada de lo que estás acostumbrada a tener. Incluso es

posible que hayamos llegado demasiado lejos, Becky, porque siento que podría amarte aun sin proponérmelo.

Se recostó contra el respaldo del amplio diván y cerró les ojos. Cuando habló, noté un sobresalto.

—No quiero que te enamores de mí, Mark —susurró.

Desconcertado, me incliné sobre su rostro, pero ella continuó con los ojos cerrados y prosiguió:

—He sido la «chica» de Carmody. Todavía sigo trabajando para él, aunque sin que exista ya nada entre los dos, porque él está chiflado por esa estrella de segunda mano. Todo el mundo sabe que soy una cualquiera..., una zorra. Tú mismo me lo dijiste. No puede halagarte amar a una mujer de esta clase.

—Becky...

No despegó los labios ni abrió los ojos. Por lo visto, ya lo había dicho todo.

—No quiero saber nada de todo esto —afirmé con voz que no se parecía en nada a la mía—. Tu pasado te pertenece por entero. Hay algo dentro de ti y de mí que por mucho que nos duela no podremos destruir jamás. Yo tampoco puedo presumir de un pasado honorable, Becky.

Noté que una lágrima se deslizaba fuera de sus párpados cerrados. No obstante, habló quedamente:

—Hablas como uno de esos tipos débiles que hacen sermones en las iglesias. Sin embargo, no eres débil... Te enfrentas a los pistoleros de Carmody y los vapuleas sin importarte lo que hagan contigo. No te comprendo. Quizá no te comprendo porque empiezo a quererte.

La estreché entre mis brazos, casi disgustado conmigo mismo, por tener que confesarme que estaba emocionado.

Y fue después de besarla que estalló. Dejó de lado su pasado, sus consejos respecto a que no me enamorara de ella... Todo quedó arrasado ante el ímpetu de sus sentimientos.

Se apretó contra mí y las lágrimas corrieron a raudales por sus mejillas. Por dos veces trató de hablar sin conseguirlo, y se limitó a llorar sin dejar de apretar su mejilla contra la mía. Cuando recobró la voz las palabras se atropellaron luchando por salir todas a la vez, como empujadas por un huracán.

—¡Oh, Mark, Mark...! No me dejes nunca..., nunca, amor. Ya no

podría resistirlo, me sentiría inmensamente sola. Si no hubiera sido por ti... Bien, no quiero volver la cabeza atrás. No puedo soportarlo por más tiempo... Es horrible... Si tú supieras...

Calló y se acurrucó junto a mí y permaneció quieta, como una niña que al fin de un largo y tenebroso camino, ha encontrado un refugio seguro.

Y así quedó dormida. Más tarde, la tendí suavemente sobre el diván y busqué una manta con que cubrirla.

Tras esto, junté dos butacas y dormí en ellas, cerca de la muchacha, asaltado por continuas pesadillas y despertándome de vez en cuando con los huesos doloridos.

Sin embargo, al amanecer debí quedar dormido pesadamente, porque fue ella quien me despertó cuando el reloj señalaba las ocho y media de la mañana.

El olor a café recién hecho flotaba en el aire y cuando conseguí enderezar mis castigados huesos y abandoné la ducha, ese olor me empujó a vestirme velozmente.

Ella había preparado un abundante desayuno, del que dimos cuenta sin ceremonias.

No obstante, ella comentó suavemente:

—Todavía puedo sentirme ama de casa, Mark...

—Estoy seguro.

Engullí dos tazas de café antes de darme por satisfecho. Entonces, me dispuse a marchar.

Becky me cerró el paso.

—¿Piensas abrir la tienda esta mañana?

—Naturalmente.

Vaciló.

—¿Y si vienen los hombres de Carmody?

—Bueno..., me encontrarán preparado. Tengo un revólver, ¿sabes? Y sé cómo usarlo si me obligan. Pero no creo que traten de buscar más jaleos. Posiblemente se hayan convencido de que les sale más a cuenta dejarme en paz.

—No los conoces —replicó, preocupada—. Los has humillado —delante de todo el mundo. Si te dejaban en paz sentarían un precedente de debilidad.

—No me parece que les quede otro camino. Sea como sea, tengo que abrir, ¿no lo comprendes? De mi pequeña tienda depende

todo... Empezando por mi hijo.

—Es cierto.

Me besó como despedida y caminó a mi lado hasta la puerta. Antes de que saliera susurró:

—¿Crees que Johnny me encontraría de su agrado?

La miré recto a sus ojos. Estaban húmedos, a punto de llorar.

Le sonreí.

—¿Y por qué no? Eres del agrado del padre, ¿no es cierto?

Acabó por sonreír también. Antes de irme le recomendé:

—No hagas nada que pueda comprometerte ante Carmody. De momento, todo debe seguir igual por lo que a ti respecta; así evitamos que corras ningún riesgo. Entre tanto... Bien, quizá cometa un error.

Salí para no ver la poca confianza que tenía en esa problemática solución.

Pero mientras me dirigía a mi negocio, me recreaba pensando en el porvenir, en la posibilidad de que Becky resultara buena y Johnny pudiera abandonar el internado para venir a vivir a mi lado..., a nuestro lado, como un niño normal.

Por lo menos, era un bello sueño.

CAPÍTULO VI

Fue un bello sueño mientras duró. Y su duración fue exactamente el tiempo que tardé en llegar a las inmediaciones de mi establecimiento.

O, para ser exactos, lo que había sido mi establecimiento.

Algunos guardias mantenían apartados a los curiosos de costumbre. Otros se movían por la acera, pisando con cuidado los miles y miles de trozos de cristal esparcidos por toda la calle. Había algunos tipos de paisano entre los guardias, lo que me hizo suponer que eran policías también.

De la tienda no quedaba más que un boquete renegrido. Las puertas colgaban de alguno de sus goznes, sosteniéndose de milagro, balanceándose como si estuvieran cansadas.

El penetrante olor de los centenares de licores distintos esparcidos por el suelo del establecimiento, desde donde se deslizaban hacia la acera, hería el olfato y cosquilleaba dentro de la nariz.

Me abrí paso por entre el gentío hasta colocarme en primera fila. Desde allí pude contemplar toda la escalofriante eficacia de los pirotécnicos de Carmody.

—Ha sido un estallido —comentó uno de los mirones, a mi lado. No le respondí. No podía ni mover los labios.

Estaba contemplando el final de mis esperanzas, el entierro de mis sueños, de mis intentos por convertirme en un ciudadano normal y respetable, el final definitivo de mis planes respecto a Johnny...

Había fracasado una vez más.

Un gusto amargo subió hasta mis labios. Un gusto a ira impotente y salvaje, a furia ciega ante aquella salvajada que

significaba mi ruina...

Yo sabía que aquello era el final. No me quedaban energías para empezar una vez más, para comenzar nuevamente desde abajo, dólar a dólar...

Aparté a un guardia y atravesé la acera. Uno de los que vestían de paisano me cortó el camino, pero me presenté y eso cambió su actitud. Me acompañó al interior, sólo para que me diera cuenta de la totalidad del desastre.

Realmente, no habían quedado más que las paredes, ya que el techo se había hundido casi por completo.

—No hay duda que ha sido una bomba —gruñó el policía.

—Sí.

—¿Tenía usted explosivos en la tienda?

—No diga tonterías.

—Eso quiere decir que alguien le ha colocado el petardo, ¿no?

—Salta a la vista.

—Sí, creo que sí. Será mejor que hable usted con el sargento. Ha ido a telefonar. De todas maneras, dígame: ¿tiene idea de quién ha hecho eso?

—«Sé» quién lo ha hecho, pero dudo que sirva de algo.

Me miró, sorprendido, pero debió pensar que la cosa no le correspondía a él y dejó de hacerme preguntas.

Tan pronto apareció el sargento, se apresuró a contarle lo que yo le había dicho y me dejó en manos de su jefe, muy aliviado, al parecer.

—Mi nombre es Linley —se presentó el sargento—. ¿Qué es eso de que sabe quién le ha volado el negocio?

—¿Quién va a llevar este asunto, sargento?

—De momento, yo. Y no creo que ninguno de los de arriba quiera quitármelo de las manos. No ofrece lucimiento, usted comprende...

—Está bien —dije, cansado—. Ayer se presentó un individuo con la pretensión de arrancarme una cuota mensual para evitar «accidentes». Tuvimos un poco de jaleo y se marchó. Después doblaron la suma por haberme resistido...

—Más despacio, amigo. Cuente las cosas por orden y con detalle, y colocando los nombres de cada uno donde correspondan, si es que los conoce.

Ahogué un juramento porque yo sabía que aquello no iba a conducirnos a ninguna parte, a menos que Bernie estuviera equivocado, cosa que no podía creer después de hablar con Becky.

Sin embargo, le relaté pacientemente todo lo que había pasado desde que Staats se presentara en la tienda la primera vez, colocando cada nombre donde correspondía, tal como él había pedido.

—Carmody, ¿eh?

—Sí.

—Y no tenemos nada más que la declaración de usted para trabajar...

—Si a lo que se refiere es a pruebas, no, sargento; no hay ninguna prueba. Esa gente no exige cuotas por escrito.

—Naturalmente, Carmody lo negará en redondo y sus picapleitos entablarán una demanda contra usted por difamación. ¿Se da cuenta?

—Lo sé.

—Bueno, no se mueva de aquí. Tendrá que prestar declaración en mi despacho y podrá firmarla esta misma mañana.

Se apartó de mí y estuvo un buen rato dando órdenes a sus hombres.

No parecía haber dado mucha importancia a lo que yo acababa de declarar, pero imaginé que el hombre debía saber de sobras que no podría mover ni un dedo contra el gran cacique, de manera que lo tomaba con filosofía.

Cuando al fin regresó a mi lado, comentó:

—¿Sabe? Ahora es cuando creo que me quitarán el caso de las manos. Un pobre sargento no es bastante importante para manejar un asunto en el que suene el nombre de Carmody.

—Dé manera que me cree...

—¿Por qué no había de creerle? Su relato es lógico, en dos meses han estallado seis o siete establecimientos. Aunque le confieso que es la primera vez que el dueño de ellos acusa a Carmody y sus dinamiteros...

—Debían estar asustados.

—¿No lo está usted?

—No. Entiéndame —añadí apresuradamente—. No quiero decir con eso que sea más valiente que los otros, pero estoy desesperado.

Han terminado conmigo. Sólo me quedan deudas y...

Callé. No tenía ninguna necesidad de hablarle del cheque que debía remitir todos los meses y que de alguna parte tendría que salir.

Viajamos en el coche policíaco hasta la Central, donde el sargento me dejó en una salita de espera, mientras él preparaba mi declaración.

Tardó treinta minutos en regresar. Su cara estaba roja como un tomate maduro.

—Para mí —dijo— el asunto está empaquetado.

—¿Qué diablos quiere decir?

—El capitán Burman se ha hecho cargo del caso. Él le tomará declaración... y trate usted de tomarlo con calma.

—Ya veo... ¿Dónde está ese capitán?

—Tardará un poco en recibirle. Está muy ocupado, ya sabe. Antes de atenderle a usted, pedirá antecedentes, para saber a qué atenerse.

—Conque es así como se hacen estas cosas, ¿eh, sargento? Hasta ahora sólo había oído contar todos esos manejos...

Se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que es mejor que lo tome con calma. Tal vez nos veamos alguna otra vez, Dickinson.

No esperó respuesta y se marchó.

Bueno, pensé, tienes que tomarlo con calma y no soltarle a ese capitán, cuyo interés se concentra en buscar antecedentes tuyos, lo que realmente opinas de él y de los policías como él. O quizá sea más práctico retirar todo lo dicho sobre Carmody. Puede que decidan poner en el informe que la explosión ha sido debido a un escape de gas..., o tal vez afirmen que quien ha colocado la bomba ha sido un agente ruso para sabotear la industria americana.

Ahogué las maldiciones que pugnaban por escapar y me cargué de paciencia. Hice bien, porque el capitán tardó exactamente una hora y media en hacerme pasar a su despacho.

Era un hombre alto y recio, imponente y cuyos ademanes hacían pensar en un general de estado mayor en su puesto de mando. Tenía unos ojos claros y vivos sombreados por negras pestañas que parecían velarlos. Seguro que las mujeres se mostraban encantadas con él.

—Siéntese —ordenó secamente.

Lo hice sin decir una palabra. Él tenía un puñado de papeles sobre la mesa y fingió examinarlos atentamente antes de levantar la cabeza y taladrarme con su mirada.

—Así que usted se llama Mark Dickinson...

—Sí.

—Recién salido del penal.

—Sí.

Gruñó y volvió a consultar los papeles. Unas arrugas habían aparecido en su frente.

Sin mirarme dijo, como afirmando rotundamente un hecho:

—Le encerraron por matar a un hombre.

—Sí.

No le gustó mi manera de responder. Al erguir la cabeza sus ojos llameaban.

—Creo que ha hecho una declaración al sargento Linley. Repítala.

—¿Dónde está el taquígrafo o la estenógrafa?

Pegó un respingo.

—¿Pretende enseñarme mi trabajo? —bramó, echándose hacia adelante—. ¡Quiero oír su declaración!

—Y después querrá que la repita ante el taquígrafo... o quizá no quiera que eso suceda, después de todo.

—¡Para ser un ex presidiario se comporta con excesiva insolencia! ¡Repita su declaración con todo detalle!

—Okey...

La repetí, cuidando de no olvidar el menor detalle, deletreando cada nombre, tanto el de Carmody como el de su perro de presa llamado Staats, aunque, al igual que había hecho con el sargento, no mencioné siquiera a Becky.

Él no se molestó en tomar notas ni nada parecido. Durante todo el largo tiempo que estuve hablando, permaneció quieto, echado hacia atrás en su sillón, coa la mirada perdida en algún punto por encima de mi cabeza.

Todo lo que dijo, cuando yo callé, fue algo que yo ya esperaba.

—Total, que no posee ninguna prueba.

Ni siquiera repliqué. ¿Para qué perder más tiempo?

En vista de mi silencio, él gruñó:

—¿Insiste en presentar esta denuncia tal como me ha contado a mí?

—No creo que tenga ninguna utilidad.

No pudo ocultar un suspiro de alivio. Mi sangre ardía dentro de mis venas y una sorda furia me dominaba. No obstante, tenía que aguantarme o la cosa acabaría mal con el capitán.

—Eso debe decidirlo usted —refunfuñó—. Lo que sí puedo decirle, es que presentándola se expone a muchos disgustos. Esos hombres a los que usted acusa sin la menor prueba, pueden demandarle por difamación, pidiendo, naturalmente, daños y perjuicios. Se da usted cuenta, ¿no es cierto?

—Completamente.

—Bien...

—Yo creía, capitán —le interrumpí—, que quien se encarga de buscar pruebas para una acusación, era la policía. Lamento haberme equivocado.

Enrojeció y se enderezó con un movimiento brusco.

—Creo que si no quiere hacer constar su denuncia, no tenemos nada más que hablar. Ordenaré una investigación y le tendré al corriente.

—Sí, ya lo imagino.

Giré sobre mis talones y abandoné el despacho. Ya había conocido a uno de los importantes resortes que Carmody engrasaba todos los meses.

Sin embargo, todavía me quedaba una carta por jugar. Recorrí aquel laberinto de pasillos, salas de espera y recodos hasta encontrar al sargento de guardia.

—Deseo ver al teniente

O'Shea

—pedí.

—¿Su nombre, por favor?

Se lo di y él habló por un teléfono interior. Cuando terminó, me dijo que el teniente me recibiría inmediatamente y me indicó el camino a seguir para encontrarle.

O'Shea

era un tipo que me gustó desde el primer momento. No había nada de espectacular en él, pero irradiaba una sensación de seguridad, de temple, que le tranquilizaba a uno con su presencia.

No llegaría a los cuarenta años, pero el cabello le escaseaba encima de la frente. Era muy moreno y delgado, aunque se le adivinaba musculoso y ágil. Debía someterse a un duro entreno para mantenerse en forma.

—Bernie me habló por teléfono —dijo, tras los saludos, estrechando mi mano—. Le esperaba a usted ayer.

—Estuve aquí cuando ya había terminado el servicio. No obstante, ahora ya no tiene mucha importancia. Le diré, antes de entrar en materia, que no espero que usted pueda hacer nada en este asunto. Pero necesito contárselo a alguien que no esté dándole vueltas en busca de un punto flaco por el que mandarme a paseo.

—Le escucho, Dickinson.

Una vez más, relaté mi odisea sin omitir el menor detalle. Pude ver cómo se atirantaban las facciones de su rostro, al mismo tiempo que su mirada se agudizaba brillando de manera extraña.

Me interrumpió algunas veces para aclarar un punto que no le gustaba, pero en general, me dejó hablar en paz.

Sólo cuando acabé, dijo:

—Le creo a usted, muchacho, a pesar de que es un ex presidiario. No se altere —se apresuró a añadir con una sonrisa—. Bernie me habló de usted... y me dio toda una conferencia. Bien, el caso es que creo lo que acaba de contarme.

No pude disimular un suspiro. Por primera vez, alguien parecía estar a mi lado.

Sin embargo, añadió:

—En la vida de todo policía honrado hay una espina clavada de la que no puede desprenderse, a menos que no salga un imprevisto. La mía se llama Carmody. ¿Comprende?

—No mucho.

—He dedicado días enteros a reunir material con que montar una acusación contra ese bastardo. No he conseguido nada.

—Ya veo.

—Cosas como las que trae usted, tengo un par de docenas. Pero nada más.

—¿No puede usted iniciar una investigación para comprobar mi declaración?

—Claro que puedo iniciarla. Pero... ¿cuánto tiempo cree usted que aguantaría? Me barrerían de aquí como a una brizna de paja.

Sólo hubo un hombre que avanzó lo suficiente para pisarle los talones. No pudo contarlos.

—Un reportero... Bernie me habló del asunto.

—Ahí tiene.

—Total —dije con desaliento—. No me queda otra solución que encajar mi ruina y tragarme la lengua.

—Bueno... Haré algo particularmente, aunque no confíe demasiado en ello. Haga lo que haga, tendrá que ser secretamente, sin levantar la menor polvareda.

—¡Sí, claro...! Pero yo no tengo por qué andar con tanto cuidado.

Sorprendido, se levantó y rodeó su mesa.

—¿Qué idea es la suya, muchacho?

—Alguien tiene que pagar los vidrios rotos, eso es todo.

—Ya veo... Pretende tomarse la justicia por su mano.

—Poco más o menos. Además, he de asegurar el porvenir de Johnny. Ése es mi objetivo.

—¿Quién es Johnny?

—Mi hijo. Tiene seis años y está interno en... Bueno, en una institución.

—Comprendo... Por eso Bernie se empeñó en hablarme del pasado de usted...

—De todos modos, gracias, teniente. Es un consuelo saber que todavía queda un policía decente...

—¡Caray, no exagere! Hay muchos, aunque a veces parezca lo contrario.

—No lo creo, pero usted no puede decir otra cosa.

Estreché su mano, pero cuando iba a separarme de él, me advirtió:

—¡No pierda la cabeza, Dickinson! Recuerde que si comete una locura, la Ley le caerá encima con todo su peso, aunque Carmody merezca hundirse en el infierno un millón de veces.

—Lo tendré en cuenta.

Abrí la puerta. Él dijo todavía:

—Haré lo que pueda. Y llámeme si surge alguna novedad... o si está en algún apuro.

—Lo haré.

Realmente, siempre es un consuelo saber que no todo estaba

podrido dentro del brillante edificio policíaco.

Ése fue el único consuelo que obtuve aquella mañana.

CAPÍTULO VII

—Bueno, ¿qué piensas hacer ahora? —Gruñó Bernie.

Bebí todo el *whisky* que había escanciado en mi vaso antes de responder.

—Ya me conoces —dije—. Carmody va a encontrarse con muchos disgustos de ahora en adelante.

—Ten cuidado, Mark. Ya has visto cómo las gastan.

—Emplearé sus mismos métodos. No tengo nada que perder.

—¿Y Johnny?

—Ésa es una póliza de seguros a favor de Carmody, por el momento. Tengo que arrancarle dinero suficiente para asegurar la estancia del niño en el internado.

—Mira, Mark; tú sabes que no puedo andarme con rodeos. Tengo la costumbre de enfocar las cosas por el lado práctico. ¿No es así?

—¿Y qué con eso?

—Déjalo correr. Puedo ayudarte de momento, mientras buscas un trabajo decente. Quizá pueda colocarte en los estudios y...

—Olvídalo, Bernie.

Hizo una mueca de disgusto y volvió a llenar los vasos. Después de beber, encendió un cigarrillo y refunfuñó de mala gana:

—Está bien. Tienes la cabeza más dura que una bola de billar. Veremos qué puede hacerse para facilitar tu loco proyecto.

—Un momento, Bernie. No quiero que intervengas en esto. Sólo he venido para contarte lo que ha pasado y ver si podías aclararme algunos detalles sobre ese escorpión.

—No temas que corra riesgos, amigo mío. No tengo madera de héroe. Pero quizá pueda darte algo que, bien explotado, te sirva de punto de partida...

—¿Tú?

—¿Qué te creías? Tengo algunas virtudes, además de ser el mejor escritor cinematográfico de Hollywood, y no me llesves la contraria.

—No he dicho una palabra.

—Ajá. Tú sabes, Mark..., tengo unos oídos siempre dispuestos a captar cualquier rumor que se deslice cerca de mí. Eso es muy conveniente para mi posición. Siempre estoy enterado de qué lado sopla el viento y no cometo errores. Bueno, ya puedes comprender que muchos de esos rumores no me sirven de nada; simplemente los archivo en mi mente con la esperanza de que alguna vez sean útiles.

—Todavía no veo a dónde vas a parar.

—Ahora lo verás. ¿Recuerdas lo que te conté respecto al pobre Tyrrell?

—¿El reportero que mataron? Sí...

—Bien, piensa un poco. Él me dijo que lo tenía todo listo para escribir el artículo, con pruebas suficientes para respaldarlo. Un trabajo como ése no se hace de memoria. Forzosamente, tienen que existir notas, apuntes y datos. Tyrrell debía haber tomado apuntes suficientes en que basar después su artículo.

Comencé a interesarme ante aquella perspectiva.

—Sigue, Bernie. Creo que veo tu idea.

—Seguro, muchacho. ¿Y qué me dices de las pruebas que había reunido? Tampoco podían ser intangibles. O eran fotografías, o se trataba de documentos de alguna clase. No podía ser de otra manera para que esas pruebas pudieran respaldar un artículo que iba a estallar como un volcán.

—Comprendo... Quieres insinuar que alguien tiene todo esto. ¿Es así?

—Ésa es una de las posibilidades solamente. Tyrrell podía tener ese material guardado en lugar seguro a la espera de utilizarlo. ¿Vas comprendiendo?

—Sigue.

—¿Por qué no buscarlo? —dijo triunfalmente.

Yo no lo veía tan claro.

—Supongamos que los asesinos que le estuvieron golpeando se apoderaron de todo eso. ¿Qué me dices ahora?

—Ya he pensado en eso. Pero no lo creo. Si le hubiesen obligado

a revelarles la existencia de esos documentos, o lo que sean, no le habrían dejado tirado en un descampado, vivo. Lo hubieran llevado con ellos para que les diera las pruebas en cuestión, matándole entonces de un balazo en la nuca. No; la manera como hicieron las cosas me hace suponer que lo único que se propusieron al golpearle con los calcetines de arena, fue castigar su osadía al meter las narices en la vida de Carmody, al mismo tiempo que hacían un escarmiento que sirviera de lección para los demás.

—Sí; quizá estés en lo cierto...

—¡Claro que estoy en lo cierto! He pensado mucho sobre todo esto.

—¿Y no le has hablado a tu amigo policía?

—¡Diablos, no! Odio las complicaciones, muchacho. Y sólo te hablo ahora a ti, porque sé que no tienen ninguna oportunidad de salvar la cabeza, si no te ayudo un poco.

—Está bien, sigue dándote bombo. Y ya que has pensado tanto en este asunto, tal vez hayas averiguado también dónde están escondidos esos documentos.

—No tengo la menor idea, pero casi apostaría que, mientras Tyrrell vivió, estuvieron bien guardados en el pequeño piso que compartía con un compañero suyo, un tal Jack Wood.

—Más despacio, Bernie...

—¡Diablo, si está claro! Tyrrell y Wood compartían un apartamento. Pasaban en él la mayor parte de su tiempo y allí preparaban sus reportajes, porque en la redacción eran los últimos que habían entrado. Siempre tenían que esperar a que los veteranos se dignaran dejarles una máquina de escribir o un lugar donde trabajar. Ya sabes lo que pasa con estas cosas...

—Más claro, Bernie. ¿Quieres dar a entender que Wood se quedó con todo lo de Tyrrell?

—Tyrrell no tenía familia. Wood heredó sus pertenencias, aunque poco valían éstas..., a menos que entre ellas hubiesen los papeles de que hablamos.

—¿Y qué crees que hizo ese Wood con los documentos, en caso de que estés en lo cierto?

—Me parece que esperas demasiado de mis dotes de adivino. ¿Cómo puedo saberlo? Pero me inclino a creer que los guardó celosamente, esperando que decline la estrella de Carmody para

lanzar un reportaje que le hará ascender como un cohete.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Jack Wood? —inquirí, levantándome.

—No sé dónde vive, pero eso te lo dirán en el periódico. No voy a dártelo todo hecho. Sin embargo, tiempo atrás solía pasar bastantes horas en un tugurio elegante de Crest-Hill Road, una cueva llamada Silver Mine. Wood es un hombre de gustos refinados. Le gusta frecuentar lugares caros y codearse con la élite.

—Ya daré con él. Sin embargo, dudo que quiera reconocer que se quedó con la documentación. Si está esperando poder publicar el reportaje como si fuera suyo, no puede descubrirse por adelantado.

—De ti depende arrancarle su secreto. ¿O necesitas andadores todavía?

Dejé el caso y me levanté con una nueva determinación dentro de mí.

—Creo que lo único que necesito ahora es un poco de suerte.

Carraspeó, como buscando las palabras precisas con que decirme lo que estaba pensando. Finalmente se decidió:

—No debería decirte nada de eso, pero ¿tienes un arma, Mark?

—Sí. El revólver que pertenecía a Staats. Me quedé con él.

—Bueno, sólo quería estar seguro. Vas a necesitarlo, muchacho.

De eso yo también estaba seguro, de manera que cuando salí del lujoso apartamento de Bernie, acaricié inconscientemente el gran revólver que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Si me daban tiempo a empuñarlo no lo pasarían muy bien los esbirros de Carmody.

El primer lugar que visité fue la redacción del periódico en que había trabajado el difunto Tyrrell. Tropecé con un botones en el enorme vestíbulo de mármol. El muchacho tenía la cara llena de pecas y su chata nariz le daba un aspecto travieso y agradable.

—Ando buscando a Jack Wood —le dije, mostrándole un dólar.

Se embolsó el billete y comentó:

—Por regla general, casi siempre hay alguien que le anda buscando, desde el jefe de redacción para abajo.

—¿Cómo es eso?

—Cualquiera sabe. Esos redactores están medio locos, sobre todo cuando tienen demasiado dinero. Y Wood lo tiene.

—¿Ha ascendido o algo así?

—¡Qué va! No le han dado la patada, porque es pariente de uno de los accionistas de la empresa, pero no pueden tragarlo, se lo digo yo.

—Bueno, a ver si me dices también dónde puedo ponerme en contacto con él.

—Todo lo que puedo hacer es buscar su dirección en el fichero de arriba.

—Okey, te esperaré aquí.

Se fue y yo me quedé pensando en Jack Wood y en algunas otras cosas. Llegué a la conclusión de que era preciso hacerle algunas preguntas más al comunicativo botones.

Así que cuando regresó, trayéndome anotada en un papel la dirección del periodista, le espeté sin rodeos:

—¿Cómo es que Wood tiene dinero, si aquí no le han aumentado el sueldo?

—No lo sé. Imagino que está pegando sablazos a su pariente.

—Si, eso puede ser. ¿Desde cuándo anda por ahí con la cartera llena?

—No sé... Hace ya mucho tiempo.

—Bueno, chico. No es preciso que le digas que he estado haciendo todas esas preguntas.

Por lo que pude ver, el domicilio del reportero no quedaba lejos de la redacción, así que anduve sin prisas, esforzándome por no pensar en mi destruido negocio, para no amargarme más de lo que ya estaba.

Podía haberme ahorrado el paseo. Wood no estaba en casa, con lo que me encontré en la calle sin saber ni qué hacer. Para ir al establecimiento que Bernie me había dicho que frecuentaba el reportero, era demasiado pronto todavía.

Por un momento estuve tentado de volver a casa de Becky, pero el temor de que alguien me viera, poniéndola a ella en un aprieto me contuvo.

Decidí echar un vistazo a mi propio apartamento, aunque no era probable que hubiera pistoleros esperándome. Ya me habían arruinado, destruyéndome la tienda. Con eso tenían suficiente para meter en cintura a los posibles recalcitrantes.

En efecto; no pude descubrir a nadie sospechoso por los alrededores, ni dentro de los coches estacionados a lo largo de las

aceras.

Eso me animó a subir arriba. Lancé un suspiro de alivio cuando cerré la puerta detrás de mí.

Entonces advertí lo cansado que estaba. Había pasado una noche de insomnio, con pesadillas y sobresaltos, y la excitación producida por Becky... Y la pelea... De repente comenzaron a dolerme todos los huesos. Había tenido una buena idea al encerrarme en mi casa.

Al meterme bajo la ducha pude admirar la completa colección de cardenales que me adornaban el cuerpo. Después, la toalla despertó algunos de los dolores y eso acabó de agriarme el humor.

Decidí acostarme un rato para recuperar el sueño atrasado. Por otra parte, no sabía si podría dormir la noche siguiente. Pero antes de tumbarme sobre el lecho, tomé el teléfono y traté de comunicarme con Becky.

Nadie respondió a la llamada, así es que lo dejé y unos minutos más tarde ya estaba completamente dormido.

Ni yo mismo había podido suponer cuán agotado estaba. Lo advertí al despertar y darme cuenta de que había dormido toda la tarde de un tirón, porque a través de la ventana podía ver las luces de los anuncios parpadeando encima de las azoteas. Era noche cerrada.

Salte de la cama y me apresuré a vestirme.

Todavía no conocía con seguridad las líneas de autobuses que cubrían la ciudad, de manera que para acudir al «Silver Mine» tomé un taxi, lamentando el despilfarro que eso representaba en mí y en mis precarias finanzas.

La «Mina de Plata» era realmente una mina, pero de oro para su propietario. Había que bajar una interminable y retorcida escalera, hasta desembocar en un gran sótano poblado de gruesas columnas imitando roca viva. También las mesas parecían estar labradas en piedra. Pero a pesar de esa rústica decoración reinaba un ambiente de lujo exagerado que debía llenar de satisfacción a las luminarias de Hollywood y los potentados de la industria que lo frecuentaban.

Pude ver algunas caras conocidas de la pantalla entre la concurrencia. Todos parecían estar divirtiéndose en grande, a los acordes de una orquesta exótica que interpretaba una música caliente del Sur.

La barra estaba instalada en un rincón, era pequeña y estaba casi

desierta. Eso facilitó las cosas.

—Creo que un periodista llamado Wood suele venir por aquí —le dije al mozo cuando me sirvió.

—Sí, es asiduo.

—¿Está aquí esta noche?

—¿No lo conoce usted?

—No lo he visto nunca.

—Comprendo. Mire, está sentado en la cuarta mesa a la izquierda de la orquesta. Hay dos vasos sobre su mesa, aunque él está solo.

—¿Para quién es el otro?

—Vera.

—¿Quién?

—Vera Stewart, una chica que empieza a subir ahora. Ya la verá si se queda usted por aquí.

—Eso espero.

Le di unas monedas, y con el vaso en la mano atravesé el salón hasta el lugar donde estaba Wood. Tenía los ojos vidriosos y fijos en el vaso lleno que esperaba sobre la mesa. El suyo no contenía ni una sola gota de licor.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, haciéndolo sobre una silla a su lado. No ocupé la que aguardaba a la estrella en ciernes.

—Hay otras mesas vacías —gruñó con voz pastosa—. Lárguese. Estoy esperando a una dama.

—Mientras la espera puede hablar conmigo, Wood.

—Así que ha venido en mi busca después de todo. ¿Cómo he de llamarle?

—Dickinson.

—No le conozco, compañero. Oiga, váyase, ¿quiere? Ya hablaremos en otra ocasión. Esta noche estoy citado con...

—Con una dama —le interrumpí abruptamente—. Ya lo ha dicho antes. Pero lo que tengo que decirle no admite espera.

—Está agotando mi provisión de paciencia. ¿Qué quiere, un reportaje cantando sus facultades cinematográficas?

—No me interesa el cine. Me interesa usted, Wood. Mejor dicho; el objeto de mi interés se llamaba Tyrrell..., cuando vivía.

No pudo contener un violento sobresalto. El principio de embriaguez que llevaba encima pareció esfumarse de golpe.

—¿Era usted amigo de Tyrrell? —balbuceó.

—No.

—Entonces, ¡por todos los diablos del infierno! ¿Qué está buscando?

—Usted se quedó con todo lo de él, ¿no es cierto?

—Sí. Él lo dispuso así. En realidad, lo habíamos establecido entre los dos. Si alguno moría, el otro se quedaba con todo. Todavía guardo el documento que firmamos.

—Ya veo...

—Concretamente, ¿qué anda buscando? Y apresúrese porque ella está a punto de llegar.

—Quiero encontrar todas las anotaciones, fotografías o documentos que Tyrrell había acumulado para respaldar un reportaje que se proponía escribir.

Esta vez se quedó helado. Sus mejillas adquirieron el color de la cera. No comprendió que con su misma actitud se delataba, pero llevaba demasiado alcohol dentro de su cuerpo para poder controlar sus reacciones.

Sin embargo, al fin gruñó firmemente:

—No sé de qué me habla.

—No se haga el sueco, Wood. Usted se apoderó de todo eso que yo quiero encontrar, supongo que para estar en condiciones de escribir usted el reportaje como obra suya, tan pronto se presentara la ocasión. Tenía que esperar que Carmody cayera para hacer eso, pero mientras tanto, usted puede aguardar tranquilamente..., mientras alguien le provea de fondos suficientes. ¿Qué me dice de todo esto, chupatintas?

No dijo nada. Parecía increíble la impresión que le había causado.

Finalmente balbuceó, más hundido cada vez:

—Está equivocado, Dickinson... Jamás he visto esos papeles de que habla. Ni Tyrrell me habló nunca de ese reportaje que usted dice que preparaba.

—No me salga con esas historias. Sé la clase de papeles que son. Y voy a decirle algo más, Wood —dije, dispuesto a redondear el asunto con un buen farol—. La policía va a desenterrar el caso dentro de poco. Ya están trabajando en él ahora.

Instintivamente, alargó la mano y se apoderó del vaso destinado

a la dama que aguardaba. Contemplé cómo lo vaciaba glotonamente.

Después de esa inyección de valor murmuró:

—Está mintiendo. Ningún poli es capaz de remover este asunto.

—¿Ha oído usted hablar de la Brigada Secreta? Ésos son quienes están dispuestos a tirar de la manta, Wood, de manera que no se haga ilusiones. Esta vez no podrán pararles los pies.

Cada bravata mía era un golpe para él, hasta el extremo que comencé a darme cuenta que algo no encajaba. Si las cosas fueran como Bernie había supuesto, Wood debería estar impaciente porque la policía se echara sobre Carmody y compañía, proporcionándole a él la oportunidad de alcanzar un triunfo en su profesión, un triunfo como pocas veces le es dado alcanzar a un reportero de sucesos.

No obstante, Jack Wood parecía aterrado ante la sola idea de que se reanudaran las investigaciones. Le di unas cuantas vueltas a esto, mientras él intentaba recuperar la serenidad.

—Aunque sea cierto lo que usted dice —masculló finalmente, mirándome con sus ojos turbios—, no veo qué puede importarme a mí.

—Tal vez es usted corto de vista. ¿Cree que los oficiales de la Secreta son idiotas? Ellos saben perfectamente la clase de reportaje que preparaba Tyrrell, y han llegado a la misma conclusión que yo. La existencia de esos documentos.

—Eso no me aclara qué pinta usted en este embrollo...

—Ni pienso aclarárselo. Y le voy a decir algo más todavía, ahora que se me ocurre pensar en ello. ¿De dónde saca usted el dinero, Wood? Según mis noticias, nada en la abundancia, a pesar de que apenas si saca para comer de sus trabajos en el periódico. Eso es interesante también.

Decididamente, era un desastre como actor. Cada nuevo golpe que encajaba lo acusaba tan claramente que era como si lo pregonara a voces.

Decidí remacharlo definitivamente, y le espeté:

—¿Sabe lo que yo creo, Wood? Usted obtiene todo ese dinero mediante chantaje, y estoy dispuesto a jurar que lo practica con esos documentos. ¿Es así, chupatintas? Vamos, hable de una maldita vez.

—¡Cállese! ¿Quiere llamar la atención de todo el mundo?

—Ya sabe usted qué es lo que quiero. ¿O prefiere entendérselas con los oficiales de la Brigada Secreta? Yo puedo ir a decirles cuánto hay de verdad en este asunto, y no creo que les guste mucho.

Como contraste con su turbación anterior, esta nueva amenaza no pareció impresionarle demasiado. Había que dirigir los tiros por otro lado y lo hice.

—O quizá sea mejor hacer llegar hasta Carmody el rumor de que usted está negociando la venta de los papeles a las autoridades federales...

—¡Eso es falso, maldito sea usted!

—Ya lo sé. Pero el solo hecho de que usted reconozca que no intenta vender los documentos es suficiente para mí. Ha resbalado usted, Wood.

Lo comprendió tan claramente como yo mismo, y eso acabó de hundirlo. O quizá fuera la gran cantidad de licor que llevaba entre pecho y espalda lo que mermaba sus facultades.

—Usted y yo deberíamos hablar con más calma y en otro sitio, Dickinson —murmuró, vacilante—. Estoy impaciente porque ella está a punto de llegar...

—Ya sé; Vera Stewart. Y ahora que recuerdo, ¿dónde he oído yo ese nombre?

No respondió. Estaba todavía pensando en lo mismo cuando una voz suave y cálida, un poco artificial en su entonación, runruneó a mi espalda:

—¿No me presentas a tu amigo, Jack?

Me levanté vivamente, sólo para encontrarme ante uno de esos productos de Hollywood que entusiasman al mundo entero. Era tan espectacular como la Mansfield, pero con algo más de femineidad en su rostro. Tenía una expresión más aniñada.

El reportero se levantó, tambaleándose, y luché denodadamente para que su voz no delatara la tempestad que se agitaba en su mente.

—Se llama Dickinson —tartajeó—. Éste... trabaja en el periódico...

—Usted es Vera Stewart —dije, reteniendo su mano en la mía.

—Sí. Y no me diga que mis películas le han entusiasmado porque no lo creeré. Hasta ahora sólo me han dado segundos

papeles, y no es posible que recuerde mis interpretaciones.

—No... En realidad, no estoy muy al corriente del cine actual. Es su nombre el que me recuerda algo que no consigo captar.

—Tal vez se refiera a mi hermana...

Wood soltó un gruñido y alargó bruscamente su mano.

—Ya nos veremos, Dickinson... Seguiremos hablando de eso en otra ocasión.

—No seas descortés, Jack —sonrió ella—. Ésa no es manera de despedir a los amigos.

Yo seguía con mi problema.

—¿Quién es su hermana? —indagué.

—«Era» una gran estrella. Había alcanzado la cumbre..., pero se estrelló en un accidente de coche.

Algo en mi interior dio un vuelco. Recordé la historia que Bernie me contara referente a la amiga del apostador profesional... y todo lo demás.

—¡Es posible! —dije, sin dejar traslucir mis impresiones—. Sin embargo, eso no tiene demasiada importancia.

El reportero estaba nervioso como un gato en noche de luna. Dijo algo con tono de disgusto. Me volví hacia él.

—¿Cuándo podré verte, Jack? —pregunté alegremente—. Recuerda que es urgente solucionar este asunto. ¿A qué hora piensas estar en tu apartamento?

—Mañana..., a eso de las diez. Te esperaré.

—Antes, Jack.

Ahogó un juramento.

—¿Crees que no duermo también de vez en cuando? —barbotó, conteniéndose sólo por la presencia de Vera.

Pero yo me encaré con ésta, luciendo mi mejor sonrisa.

—¿Cuándo lo dejará usted libre, Vera? Me gustaría pescarlo esta noche, antes que se cayera bajo la mesa.

—Por mí... Bueno, lo dejaré alrededor de las dos, que es la hora en que suelo retirarme... casi siempre.

—Entonces, Jack, a las tres estaré en tu apartamento. No podemos perder más tiempo.

—¡Maldit...! —se interrumpió cuando se dio cuenta de la mirada de reproche de la muchacha. Oculté una sonrisa y le volví la espalda al reportero.

—Me gustará volver a verla —dije, alargándole la mano. Sus dedos presionaron los míos. Añadí—: A menos que Jack lo considere como una invasión de su terreno.

—No me parece usted capaz de respetar el terreno de nadie.

Se rió «cinematográficamente». Wood la coreó con un gruñido.

Yo dije:

—Depende de la clase de terreno.

Sus dedos seguían presionando los míos y no hacía nada por retirarlos.

—Hablando sin eufemismos —susurró—, es la primera vez que me califican como un pedazo de tierra...

—En todo caso, con montes y colinas muy pronunciados —graznó Wood, esforzándose por soltar una risotada. Pero estaba demasiado asustado y borracho para obtener algo más que un gorgoteo lastimoso.

—Llámeme por teléfono —murmuró ella en voz baja—. Lo encontrará en la guía de Beverly Hills.

—Lo haré, Vera. Buenas noches.

Ni siquiera me despedí de Wood. Él y yo no habíamos terminado todavía.

CAPÍTULO VIII

A las dos y media llamé a Becky desde una farmacia. Descolgó el teléfono al segundo timbrado.

—¡Mark! —exclamó al oírme—. Estaba esperando al lado del aparato...

—¿Has visto al gran bastardo?

—Sí. Están muy satisfechos por lo de la tienda... No sabes cuánto lo lamento, Mark. No creí que actuaran tan pronto.

—Eso no tiene remedio, de manera que no se gana hablando de ello.

—Es cierto, pero apenas si he podido disimular lo que sentía a medida que Staats contaba su hazaña..., por lo demás, no van a molestarte más, querido. Ya tienen suficiente para afianzar su poder delante de los demás comerciantes.

—Eso es lo que suponía. Pero ahora me toca a mí, pequeña. De momento, no te muevas de tu apartamento. Vendré tan pronto pueda.

—¿Qué vas a hacer, Mark?

—Todavía no lo sé. No salgas, Becky, ¿comprendido?

—¡Mark!

—¿Sí?

—Ahora ya estoy segura...

—¿De qué?

—¡De que te quiero!

—Cuando esté a tu lado ya me lo dirás...

Colgué. La farmacia estaba en la misma manzana de casas en que Jack Wood tenía su vivienda; un apartamento con terraza en un edificio nuevo.

Revisé los tarjetones que había debajo *de* cada timbre, pero no

tuve necesidad *de* llamar porque la puerta de la calle estaba abierta y *me* colé hasta los ascensores sin impedimento alguno.

Había alfombras en los pasillos, y luces tamizadas y relieves en las paredes. Una buena cueva cuyo alquiler debía costar el sueldo completo de un reportero como Wood.

Llamé a *su* puerta y aguardé. No sucedió nada. La idea de *que* el *muy* granuja *me* había dado esquinazo me asaltó. Probablemente, había decidido no dormir en su apartamento para no tener que enfrentarse conmigo.

Repetí la llamada una vez más. Probé el tirador de la puerta, pero estaba firmemente cerrada.

Estaba pensando en marcharme cuando escuché una especie de sollozo en el interior. Sobresaltado, apliqué el oído a la madera al mismo tiempo que pulsaba una vez más el botón del timbre.

No había duda; alguien se quejaba... o sollozaba. ¡Y era una voz de mujer!

Percibí el rumor de un cuerpo arrastrándose hacia la puerta. Los apagados sollozos se oyeron más claros. Para apresurar a quien fuese pulsé una y otra vez el timbre, hasta que unos dedos arañaron la puerta por el interior.

Mis nervios estaban tan tensos que amenazaban estallar. Empuñé el revólver porque no sabía con qué iba a encontrarme allí.

Pero cuando la puerta giró, dejándome paso, casi tropecé con el cuerpo de una mujer que interceptaba el paso. Débiles sollozos la estremecían, pero no lloraba de dolor según pude comprobar, sino de histeria y nerviosismo.

Reconocí a Vera Stewart y el corazón me dio un vuelco. Cerré la puerta, me incliné y levanté el ligero cuerpo andando con ella en brazos en busca de un lugar donde dejarla.

—No va a pasarle nada, Vera —dije para tranquilizarla—. Nadie le hará daño..., tranquilícese...

Apenas si me oyó. Sus ojos desorbitados se fijaron en mí y no pareció reconocerme.

Advertí el desorden del lugar, como si alguien hubiera estado luchando en él. ¿Qué demonios había sucedido?

Al fin encontré un dormitorio y pude instalar a la muchacha sobre el lecho. Registré los muebles en busca de algo con que reanimarla, y cuando descubrí los licores preparé un par de vasos

capaces de resucitar a un muerto.

La obligué a tragar el licor puro, sin hielo ni agua. Debíó creer que le incendiaban las entrañas, porque reaccionó al instante y comenzó a toser violentamente.

Entonces bebí el mío a pequeños sorbos, impaciente por saber qué había sucedido.

—¿Se encuentra mejor?

Mi pregunta la sobresaltó. Ladeó la cabeza y me miró.

—Usted...

—Dickinson, ¿recuerda? Nos hemos conocido esta noche. ¿Dónde está Jack?

Eso debíó revivir sus recuerdos, porque ahogó un grito y nuevas lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Jack! —exclamó—. ¡Dios santo!

—¡No se alborote! ¿Qué ha sucedido?

—Ellos..., los hombres que llegaron...

—Tranquilícese, Vera, y cuente las cosas por orden.

¿A qué hora han llegado aquí?

—¡No lo sé...! Era temprano. Jack estaba nervioso y hemos decidido que vendríamos a tomar la última copa, y después yo me marcharía. El ha llamado por teléfono... Ha estado hablando mucho rato.

—¿Con quién?

—No lo sé. Se ha encerrado en la cabina.

—¿Ha telefoneado desde el «Silver»?

—Sí, ya se lo he dicho...

—Está bien, siga.

Suspiró hondo, ahogando el llanto y los nervios.

—Al llegar aquí, Jack ha preparado las bebidas. Parecía un poco más calmado, pero me ha dicho que tendría que marcharme pronto porque iba a recibir unas visitas... Han llegado antes que pudiera irme.

—¿Cuántos eran?

—Dos hombres gigantescos...

—Bueno, adelante, Vera. Hasta ahora vamos bien.

—He advertido que Jack se asustaba. No eran aquéllos los que él esperaba por lo visto. Ellos le han dicho que tendría que irse con ellos y...

—Un momento. ¿Dónde estaba usted mientras hablaban?

—Aquí mismo, bebiendo. No parecía importarles mi presencia. Por lo menos, no les ha importado hasta que Jack se ha negado a irse con ellos. Entonces lo han golpeado, y cuando he tratado de gritar pidiendo auxilio, uno de ellos me ha sujetado y tapado la boca con su manaza.

—Entre tanto, el otro le pegaba a Jack, ¿no es eso?

—Sí... Era muy fuerte... Jack ha gritado no sé qué de que por teléfono habían quedado de acuerdo con el jefe de los dos brutos, pero no le han hecho el menor caso.

—Total, que se lo han llevado.

¡Oh, sí! Lo han dominado en menos de un minuto. Entonces me han golpeado a mí para que no pidiera socorro mientras se iban...

Inclinó la cabeza y me mostró el tremendo chichón que había crecido en su nuca. Se habían asegurado del golpe.

—Déjeme pensar... —mascullé, furioso.

Mis pensamientos me llevaron a conclusiones a las que no hubiera deseado llegar. Wood sólo podía haber llamado a un hombre que pudiera considerarse como jefe de los dos matones que le habían caído encima: Carmody.

Eso encajaba con mi teoría de que era Carmody quien abonaba grandes sumas al reportero, a cambio de los documentos, o de la promesa de no sacarlos a la luz... Por eso Wood le había llamado tan pronto se había visto en un apuro relacionado con los papeles.

Eso me pareció lógico. Y también era lógico suponer que si Wood le había dicho a Carmody que yo andaba tras la pista de los documentos, el pistolero hubiera llegado a la conclusión de que Wood, con sus borracheras, era un peligro demasiado real para dejarlo suelto.

Y en lugar de una visita amistosa le había mandado a dos de sus matarifes.

—Muy bien, hasta aquí la cosa estaba bastante clara. —¿No han dicho una palabra de dónde se proponían llevar a Jack?

Ella negó con un movimiento de cabeza. Estaba calmándose, pero todavía le temblaban las manos y había lágrimas en sus ojos.

—¡Está bien! Usted va a marcharse de aquí a toda prisa —de dije—. Pero no irá a su casa. Esa gente puede llegar a la conclusión de que usted es un testigo molesto y buscarla allí. Se inscribirá en

un hotel, ¿de acuerdo, Vera?

—Sí, sí... Tengo miedo. Aquellos dos brutos...

—No se preocupe. Váyase ahora y haga lo que le he dicho.

La empujé hacia la puerta. Antes de llegar a ella se detuvo y murmuró:

—¿No cree que deberíamos avisar a la policía? El pobre Jack...

—Yo lo haré.

Se marchó rápidamente, tan asustada que sólo ansiaba poner tierra de por medio entre ella y el apartamento del periodista.

Tan pronto quedé solo, realicé un detenido registro de todo el apartamento. No pude encontrar nada que se pareciera a los documentos que podrían hundir a Carmody hasta el infierno.

Acabé mi registro en el cuarto de baño, donde tampoco había ni rastro de escondrijo alguno. Encendí un cigarrillo y regresé a la salita, fumando y pensando..., hasta que pegué un respingo al imaginar que si mataban a Wood se esfumaría mi única posibilidad de dar con las pruebas y las anotaciones que había reunido el pobre Tyrrell.

Salí del apartamento como si me persiguieran. Una vez más, tomé un taxi y me hice conducir a las inmediaciones de donde vivía Becky. Era posible que ella supiera dónde solían llevar a sus víctimas los esbirros de Carmody. Había estado en contacto con ellos tiempo suficiente para estar enterada de muchas cosas.

La encontré nerviosa, esperándome. Se echó en mis brazos y en unos minutos ninguno de los dos pudimos pronunciar una palabra, porque los labios estaban demasiado ocupados en otro menester.

Sólo cuando la aparté suavemente entré en materia. Le conté lo que le había sucedido a Wood, y ella debió comprender que yo estaba dispuesto a llegar hasta el final, porque ni siquiera trató de discutir conmigo cuando le pregunté:

—¿Dónde te parece que pueden haberlo llevado?

—No lo sé... Carmody posee varios locales, garajes y almacenes.

—Tiene que ser un lugar discreto. Si lo que intentan es arrancarle a Wood su secreto, necesitarán torturarlo, ¿comprendes? Un sitio que no tenga vecinos cerca...

—¡Sé lo que quieres decir, Mark, pero no...! ¡Espera! A menos que lo haya llevado a Santa Clara...

—¿Qué es eso de Santa Clara?

—Un pueblo junto al mar. Carmody posee una gran casa a media milla del pueblo; una finca residencial. Está aislada y rodeada de árboles. Tiene un gran parque...

—¡Ése me parece el sitio adecuado para hacer lo que se proponen! Contando con que yo esté en lo cierto respecto a sus intenciones, naturalmente. ¿Dónde está esa finca?

—Hay más de veinte millas, Mark... No pensarás ir allí tú solo. Sería meterte de cabeza en la boca del lobo...

—No puedo recurrir a nadie. La policía, excepto un teniente que conozco, no moverían un dedo contra Carmody. Iré, Becky. Tendrás que prestarme tu coche.

Intentó disuadirme, pero no insistió mucho, seguramente convencida de antemano que era inútil.

Así es que buscó un mapa de carreteras y me señaló la ruta a seguir para localizar la casa de campo. Tomé las llaves del coche y, sin mediar palabra, la abracé y permanecemos así, quietos, dominados por una extraña emoción.

Tras unos instantes, ella susurró:

—¿Por qué es tan importante para ti ese Jack Wood, querido?

—Porque posee algo muy importante, Becky. Unos documentos que me permitirían hundir a Carmody definitivamente sin que ni tú, ni yo, ni nadie, tuviera ya nada que temer de él jamás.

—Si eso es cierto no podrás conseguirlos. Él es poderoso y...

—Pero he de intentarlo. Regresaré aquí tan pronta pueda.

La besé rápidamente. Ella murmuró:

—Si es que puedes, Mark...

—No seas ave de mal agüero, pequeña.

Cerré la puerta detrás de mí y corrí en busca del auto de la muchacha.

Era un buen bólido, un último modelo que salió zumbando tan pronto hundí el acelerador.

Iba a jugarme la última carta y lo sabía. Como también sabía que si el contrario hacía trampas en semejante partida, todo habría terminado, ya que la apuesta era la propia vida.

CAPÍTULO IX

No cabía duda que era una hermosa propiedad. Incluso a la pálida luz de la luna podía distinguirse la inmensidad del parque, los copudos árboles y los senderos abiertos entre los troncos.

La casa quedaba casi oculta por completo detrás de la arboleda, pero desde mi observatorio podía ver las luces en algunas ventanas de la planta baja.

No había ninguna otra edificación en todo lo que alcanzaba la vista alrededor. El pueblo quedaba a media milla de distancia, oculto por una curva de la carretera. Resultaba un paraje ideal para los manejos de un bastardo como Carmody.

Me deslicé de árbol en árbol, acercándome a la casa. No había el menor rastro de guardianes, pero no por eso abandoné las precauciones, aunque sí avancé más rápidamente.

Y ésa misma rapidez lo estropeó todo. Me di cuenta de lo que había hecho cuando ya no tenía remedio, cuando el alambre se separó de mi pie después del tirón que le había dado.

Inclinándome, examiné el hilo metálico. Estaba a una pulgada del suelo y se perdía entre la vegetación por ambos extremos.

Un timbre de alarma, aunque yo no podía percibirlo.

Inmóvil, aguardé los acontecimientos casi reteniendo el aliento. No tardé en comprobar que estaba en lo cierto, porque las luces se apagaron súbitamente y todo quedó envuelto en la oscuridad.

Imagué lo que seguiría a continuación. Todos aquellos matarifes saldrían dispuestos a acabar con el inoportuno espía. Mi única esperanza estaba en sorprenderlos a ellos, pero no me hice demasiadas ilusiones. Ellos conocían el terreno y yo no.

Me aparté del cable por si la señal estaba sincronizada con alguna otra señalando el lugar en que se había producido la alarma.

No sucedió nada durante largo rato. Acurrucado detrás de un rugoso y viejo tronco, notaba los furiosos latidos del corazón como si fueran el redoble de un tambor marcando paso ligero.

Y como si fuera un fantasma, un hombre surgió a menos de tres pasos de donde me encontraba. Era grande y pesado como un camión, pero a pesar de eso se había deslizado con el mismo silencio que un gato. Me estremecí al darme cuenta de este hecho.

Cuando se movió, una larga hoja de acero lanzó un destello en su mano. El tipo empuñaba un cuchillo en lugar de un revólver. Por lo visto, no eran amigos de armar ruido si podían evitarlo.

Levanté el cañón del mío, pero vacilé antes de apretar el disparador. El estampido me delataría tan claramente que todos los demás podrían caerme encima antes que pudiera emprender la retirada.

Pero yo no pensaba en retirarme ni mucho menos, cuando estaba seguro de estar sobre la buena pista. Wood debía encontrarse en algún lugar de la casa.

El pistolero avanzó dos pasos más, como una sombra gigantesca y silenciosa. Lo tenía tan cerca que podía escuchar su respiración contenida. Eso me hizo comprender que también él podía oír la mía y retuve el aliento.

Y salté sobre él utilizando el revólver como una maza. El primer golpe falló a causa de su movimiento instintivo, pero incluso así el cañón le abrió un surco en la cara y el hombre trastabilló, ahogando una maldición.

Giró con sorprendente agilidad y la mortal hoja de acero me buscó, relampagueante. Casi noté el aire que desplazaba.

Volví a golpear y esta vez tuve más suerte, porque le di en pleno cráneo, derribándolo. Todavía le machaqué dos veces más antes de apartarme de allí apresuradamente.

Pero habíamos armado demasiado ruido dentro del silencio de la noche. Escuché algunos roces entre la hierba, y cuando me disponía a buscar refugio, un revólver llameó no muy lejos. El bramido del arma me sobresaltó, pero lo que me obligó a arrojarme de cara al suelo fue el aullido de la bala que pasó rozándome los cabellos.

Tuve que arrastrarme como una serpiente para buscar la protección de un tronco. Desde allí mandé un balazo al lugar en que había visto el fogonazo. Quedé sorprendido del estruendo de mi

revólver. Era más parecido a un rifle que a un arma corta.

Me respondieron desde dos lugares distintos, y los dos tiradores sabían lo que llevaban entre manos. Ambos proyectiles arrancaron astillas del tronco a cuyo pie permanecía agazapado.

Yo tenía que ahorrar los cartuchos, ya que sólo disponía de cinco tiros, de manera *que* aguardé a tener una oportunidad.

Ellos hicieron fuego una vez más antes de moverse. Las balas zumbaron peligrosamente cerca.

Seguí tan inmóvil como un cadáver. Ellos decidieron acorralarme un poco más y estrecharon el cerco, pero lo hicieron demasiado seguros de su superioridad y uno de los dos movió excesivamente las ramas de un arbusto. Dirigí el cañón del revólver hacia las ramas y esperé, con los nervios dolorosamente tensos.

Primero asomó la cabeza, que destacó como una mancha más clara sobre el fondo oscuro del matorral. Apenas si tuve que mover el revólver cuando disparé. El matón pegó un salto atrás, y su alarido murió apenas iniciado.

Una andanada me llegó desde mi izquierda, pero las balas pasaron altas esta vez. Corrí agachado hacia donde había caído el pistolero y tanteé el suelo en busca de su arma. Era una automática de gran calibre, pero con ella podía permitirme el lujo de inquietar un poco más al otro canalla.

El volvió a disparar, y tan pronto descubrí la lengua de fuego de su revólver, le mandé dos balazos simultáneos, uno con cada arma.

Eso le dio a entender que las cosas se le habían complicado y echó a correr. No se preocupó de disimular sus pasos, sino que armó un buen revuelo entre las plantas, alejándose, aunque sin que en ningún momento pudiera verlo.

No obstante, como el tipo había emprendido el camino de la casa, le imité y corrí también abiertamente detrás de él. Mi primera idea fue que antes de huir iba a rematar a Wood, suponiendo que siguiera vivo.

Pero en eso me había equivocado. Vi a mi hombre cuando llegaba a un largo sedán estacionado a un lado del edificio. Me detuve en seco y disparé, pero él ya estaba dentro y la bala sólo rompió un cristal.

El motor rugió y el auto comenzó a moverse. Bajé un poco la automática y vacié el cargador confiando en que la suerte estuviera

de mi parte..., y resultó que sí me protegía.

Un neumático estalló cuando el coche ganaba velocidad. Dio unos bandazos, pero el hombre estaba espoleado por el miedo y siguió adelante, con el coche ladeado, hasta que el vehículo derrapó al ganar velocidad y fue a estamparse contra un árbol.

Cuando yo llegué junto a él, el coche estaba vacío. Después de todo, el pistolero había escapado.

Dejé de ocuparme de él y corrí hacia la casa. Fui encendiendo todas las luces que encontré a mi paso hasta detenerme en una habitación amueblada como despacho.

Varias puertas se abrían a ella, pero era un caserón enorme y debía haber por lo menos una docena de cuartos. Decidí que si Wood estaba vivo todavía, tenía la obligación de ayudarme.

Así es que elevando la voz, grité:

—¡Wood! ¿Está usted ahí?

No hubo la menor respuesta, y después de un par de gritos más, abandoné este sistema y me lancé a abrir puertas, encender luces y correr de una habitación a otra.

Lo encontré en la quinta que examiné. Al verlo, creo que se me pusieron los pelos de punta, y mi corazón dejó de latir unos segundos.

Estaba tumbado en el suelo, desnudo de medio cuerpo para arriba, y no le quedaba una pulgada de piel sin lacerar. Multitud de pequeñas y profundas heridas sangraban lentamente, vaciando de sangre sus arterias.

—¡Wood! —exclamé sin poderme contener.

Movió los párpados. Casi grité de alegría al ver que todavía estaba vivo.

Inclinado junto a él, le examiné las heridas con más detenimiento. Mis esperanzas se derrumbaron al ver que no tenía remedio. Los cuchillos, manejados por verdaderos maestros en tan siniestra especialidad, habían cumplido su obra a la perfección.

—¡Wood! ¿Puede oírme?

Movió la cabeza. Le ayudé a incorporarse un poco y lo apoyé en mi rodilla. La sangre echó a perder mis pantalones.

Entonces abrió los ojos y me miró. No pude saber si me veía o no.

—Soy Dickinson —exclamé—. ¿Me recuerda usted, Wood?

—Sí..., sí...

—Querían hacerle confesar dónde estaban escondidos los documentos, ¿no es cierto?

—Sí... Bastardos...

—¿Se lo ha dicho usted?

—No he podido resistir más...

Su cabeza osciló. Mi corazón dio un vuelco.

—¿Lo ha revelado? —pregunté casi a gritos.

—Sí... Cuando ha sonado un zumbador me han dejado en paz...

He tenido que decírselo...

—¡Maldición! ¿Dónde los guarda usted, Wood? Intentaré llegar antes que ellos...

—Sí... Mátelos... Yo..., yo estoy listo...

En eso estábamos de acuerdo, pero no quise perder más tiempo.

—¿Dónde están escondidos, Jack? Haga un esfuerzo... Yo acabaré con Carmody si usted me ayuda.

—Detrás... del... espejo...

—¿Qué espejo?

—Mi apartamento... En el baño..., detrás hay una cavidad...

—¿El espejo de su propio tocador?

—Sí...

Me llamé imbécil por no haberseme ocurrido mirarlo cuando había estado allí.

—Está bien, Jack, lo intentaré, pero debo dejarle solo si quiero ganar esta carrera. ¿Me comprende?

—Carmody... Bastardo... No ha mantenido su palabra...

—¿Usted creyó en la palabra de semejante escorpión?

Pero ya no me oía. Hablaba por inercia, con voz ronca a causa de la muerte que se apoderaba de él.

Su voz dejó escapar otro balbuceo:

—Pruebas... El mató a Mallory... Lo tiró por... por una ventana, Carmody...

—¿Carmody en persona cometió ese crimen?

—Sí...

—Y hay pruebas...

—¡Sí..., y otras..., y listas..., sobornos...!

De pronto, su cabeza se ladeó de golpe y quedó muerto en mis manos.

Lo dejé cuidadosamente en el suelo, sobre su propia sangre, y me incorporé dominado por una salvaje excitación.

—¡Pagarán lo que te han hecho, Jack...! —murmuré entre dientes.

Y eché a correr, y menos de un minuto después lanzaba el auto de Becky por la carretera, con el acelerador hundido hasta el piso de goma.

Hice tremendos esfuerzos para tranquilizarme. Era necesario dominar los nervios para mantener aquella marcha. Di un vistazo al cuentamillas, y casi temblé al ver que oscilaba entre las cien y ciento diez.

El aire aullaba como un animal salvaje al estrellarse contra la carrocería. No quise pensar en lo que sucedería si me encontraba con un camión en una curva, y seguí manteniendo el pedal a fondo.

Hubo un par de veces que casi di la vuelta de campana, al derrapar a la salida de los virajes, pero conseguí dominar la máquina, y cuando me vi en las calles del centro, sentí deseos de dar gracias al cielo de rodillas por haber llegado entero... y en un tiempo récord.

Conduje directamente al apartamento de Wood. En mi bolsillo tenía la llave que me había guardado al salir poco más de una hora antes, de manera que entrar no resultó nada difícil.

Como tampoco ofreció ninguna dificultad arrancar el espejo de sus soportes y apoderarme del grueso sobre de papel rígido que descansaba en un nicho vaciado en el muro.

No me importó que mis manos temblasen. Al fin lo tenía en mis manos. Aquel sobre era mi venganza, el precio que iban a pagar por haberme arruinado. Un precio tan alto, que ni Carmody tendría dinero suficiente para abonarlo.

La muerte iría a su encuentro al fin.

Ni siquiera apagué las luces. Bajé las escaleras a saltos, rabioso por poner aquel sobre en manos del teniente O'Shea

y ver después cómo se desencadenaba la batalla final...

Llegué al zaguán. La puerta seguía abierta y Corrí hacia ella. Entonces los vi, cuando acababan de saltar de un coche negro.

Eran tres hombres de aspecto inconfundible, y uno de ellos era un viejo conocido mío: Staats.

Me detuve en seco, atónito ante semejante calamidad.

Ellos también se inmovilizaron, momentáneamente sorprendidos. Pero reaccionaron antes que yo y se lanzaron hacia la entrada de la casa como si quisieran ganar una carrera.

Retrocedí de un salto, protegiéndome en la sombra y sacando el revólver al mismo tiempo. No recordaba cuántas balas me quedaban, pero no me hice ilusiones respecto al final del combate.

El primero en quedar marcado en el umbral fue precisamente Staats. Casi chillé de alegría cuando tiré el disparador y el gran revólver se encabritó en mi mano, rugiendo su cántico de muerte y repercutiendo en la escalera como una bomba.

Staats abrió los brazos y se elevó del suelo unas pulgadas, impulsado por el proyectil y la muerte que con él acababa de entrarle en las entrañas. Luego se desplomó de espaldas.

Los otros comprendieron que no iban a cazarme tan fácilmente. Sólo era cuestión de tiempo que llegase la policía para sacarme del apuro. Ellos se harían cargo de los documentos y...

El recuerdo del capitán Burman me hizo comprender que no era eso lo que me convenía.

Había una puerta a mi derecha, la puerta de los bajos. Detrás de ella se escuchaban voces excitadas hablando en voz baja. Arriba, en los pisos, los vecinos expresaban su alarma escandalosamente.

Golpeé la puerta con la culata del revólver y grité:

—¡Abran a la policía! Necesito telefonar a la central pidiendo ayuda... ¡Rápido!

Eso dio resultado. La hoja de madera giró tímidamente dejando un resquicio de unas pulgadas. Pude colarme por él en el instante que dos balazos penetraban en el zaguán, aunque sin dirección alguna, sólo para demostrarme que estaban allí...

El matrimonio que ocupaba los bajos me miró con los ojos desorbitados por el terror. Ella se arrebujaba el camisón transparente y trataba de ocultarse detrás de su escuchimizado marido.

—No teman, no voy a hacerles ningún daño —dije, atravesando la pieza.

El hombre balbució:

—El teléfono... está aquí, en...

No le hice caso y penetré en el dormitorio. Su ventana daba a la

calle, a cierta distancia del portal. Cuando me asomé con precaución, descubrí a uno de los criminales apostado junto al coche. El otro no pude descubrirlo.

Hubiera podido matar a aquel hombre sin vacilar, pero lo que yo deseaba era alejarme cuanto antes sin que me vieran.

Me deslicé fuera, pegado a la pared. El tipo acurrucado junto al coche no me vio, pero sí el que estaba dentro del vehículo, porque gritó histéricamente:

—¡Allí, imbécil, la ventana!

¡Y era la voz de un hombre acostumbrado a mandar!

Carmody, tal vez...

¡Carmody!

Disparé contra el pistolero agazapado. Su cabeza rebotó contra la carrocería, empujada por el enorme proyectil. Pensé que debía estar a punto de agotar la carga... ¡Y Carmody estaba a mi alcance!

Corrí a saltos buscando la protección de los coches aparcados. Desde el portal, alguien me mandó un par de plomos, pero lo único que consiguió fue agujerear un coche.

Bien, había llegado mi oportunidad.

Agachado, corrí pegado a los autos en dirección al que ocupaba el pistolero. Confusamente, percibí el aullido de una sirena que se acercaba, al mismo tiempo que los silbatos de los guardias sembraban la alarma por todo el barrio.

La voz de mando bramó una orden y el asesino que había conseguido llegar al portal, salió disparado para montar en el coche. No quise disparar, por si solamente me quedaba una bala.

Dejé de avanzar, porque adiviné lo que se proponían, de manera que, cuando ya la sirena vibraba casi encima de nosotros, el auto negro se puso en movimiento, para salir del cordón de vehículos aparcados.

Casi me eché a reír como un loco, pero me mantuve pegado a la carrocería que había detrás de mí. El largo morro del auto asomó casi rozándome y entonces pude ver la cara contraída de Carmody en el asiento trasero, diciéndole algo al pistolero que había tomado el volante.

Me esforcé por hacer las cosas con calma. Levanté el revólver y, en el preciso instante en que el coche me rebasaba, Carmody me vio. Abrió la boca horrorizado, y yo disparé.

Creo que la bala le entró precisamente por la abierta boca. Pero el chófer no se entretuvo en averiguar qué sucedía, impulsado por el miedo. Tuve el tiempo justo de ver cómo la cabeza del gran criminal reventaba como una pelota hinchada, entonces el auto saltó hacia adelante como una bala y se alejó... Y yo me encontré solo, riendo y riendo como un loco furioso...

Así me encontró la policía.

Cuando recobré la cordura, estaba en un despacho rodeado de polizontes, con el teniente

O'Shea

a la cabeza, que comentaban el contenido de los documentos que me habían arrebatado.

Al ver que la cosa iba bien,

O'Shea

dijo:

—Bueno, Dickinson, parece que la ha armado usted buena...

—¿Han encontrado a Carmody?

—Sí.

Una ancha sonrisa distendió sus facciones.

—¿Y qué? —insistí.

—¿Quiere asistir usted a su entierro?

—No, pero voy a reclamar legalmente el importe de mi establecimiento. Debe haber dejado su dinero a alguien, ¿no es cierto?

—Seguro... Le respaldaré, muchacho. Creo que ahora preferirá descansar, ¿no es cierto?

—¡Sí... Pero antes tengo algo más importante que hacer! ¿Puede alguien llevarme en un coche?

—Naturalmente, naturalmente... Tendremos que sacarle a usted por la puerta de atrás o los reporteros le secuestrarán. Venga conmigo.

Contemplé por última vez el círculo de caras sonrientes que me rodeaban.

O'Shea

comentó:

—Todos éstos, Dickinson, tenían también clavada la maldita espina, ¿recuerda?

—Sí.

—Le aseguro que no todo está podrido aquí... Ni en ningún lugar. Es sólo una pequeña parte...

—Ahórrese discursos, ¿quiere?

Asintió, riendo, y me guió hasta su coche, estacionado en la rampa del garaje subterráneo.

—Usted no vive en esa dirección, ¿eh?

—No.

—Espere que recuerde... La chicha, claro. Becky, ¿no se llama así?

—¿Cómo demonios?...

—Yo también me he movido, hermano.

Ya no volvió a hablar hasta que detuvo el coche y se despidió de mí... Hasta la mañana, en que tendría que ir a declarar largo y tendido.

Quedé en la acera como un pasmarote, recreándome por anticipado con la bienvenida de Becky... Con sus besos y sus caricias... Con su compañía.

Cuando eché a andar, pensé que el pequeño Johnny no tardaría en venir a Los Ángeles. Me sentía orgulloso de haber contribuido a que la ciudad fuera mucho más limpia y sana para recibirlo.

Pero, de momento, estaba Becky y todo lo demás.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.